This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAL 4220.5

HARVARD COLLEGE LIBRARY

SOUTH AMERICAN COLLECTION

THE GIFT OF ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87
AND CLARENCE LEONARD HAY, '08
IN REMEMBRANCE OF THE PAN-AMERICAN SCIENTIFIC CONGRESS
SANTIAGO DE CHILE DECEMBER MDCCCCVIII

SAL 4220.5

COMPENDIO

DE

LITERATURA ARGENTINA

POR

EMILIO ALONSO CRIADO

Ex-Catedrático de Literatura en el Colegio Nacional Norte,
Miembro fundador de la "Sociedad de Escritores".

ADAPTADO A LOS NUEVOS PROGRAMAS

DE LOS

COLEGIOS NACIONALES Y ESCUELAS NORMALES

(TERCERA EDICIÓN)

BUENOS AIRES
EST. TIP. J. CARBONE - CORRIENTES 838
1908

COMPENDIO

DE

LITERATURA ARGENTINA

POR

EMILIO ALONSO CRIADO

Ex-Catedrático de Literatura en el Colegio Nacional Norte,
Miembro fundador de la "Sociedad de Escritores".

ADAPTADO A LOS NUEVOS PROGRAMAS

DE LOS

COLEGIOS NACIONALES Y ESCUELAS NORMALES

(TERCERA EDICIÓN)

BUENOS AIRES

EST. TIP. J. CARBONE - CORRIENTES 838

1908

SAL 4220.5
April 9, 1915
Harvard College Library
Gift of
Archibald Cary Coolidge
and
Clarence Leonard Hay

OCT 19 5

A

mis queridos padres

que con tanto interés han dirigido mis primeros pasos, dedico este modesto trabajo, exento de todo otro valor que el que pueda darle su cariño.

PRÓLOGO

Este *Compendio* sólo ha tenido por objeto facilitar la tarea de los estudiantes de los Colegios Nacionales y Escuelas Normales, contestando, aunque sintéticamente, á los programas de LITERATURA ARGENTINA, que sirven de guía para su estudio en aquellos institutos.

Al publicar hoy la *tercera edición*, debo una palabra de agradecimiento á todos los catedráticos de la materia que han tenido la bondad de recomendarlo como texto á sus discípulos, pues ellos son los auspiciadores amables de su éxito.

*
* *

La literatura argentina, no admite otras divisiones, para quien quiera estudiarla ó enseñar su historia y evolución cronológica y metódicamente, que las que surgen de los hechos históricos más importantes y trascedentales de la hegemonía nacional.

No se pueden enumerar escuelas porque el clasicismo con Juan Cruz Varela no tuvo secuaces, el romanticismo de Echevarría, de Mármol y de Andrade no vivió sino de reflejos más ó menos brillantes, el decadentismo sólo produjo chispazos, el naturalismo sólo tuvo aislados cultores.

Tampoco pueden servir de base las denominaciones generales de Poesía, Historia, Novela, etc., pues casi todos los intelectuales argentinos han figurado en más de una de estas manifestaciones del espíritu, consecuencia directa de la falta del literato *profesional*, entre nosotros.

Así vemos á Mármol poeta, novelista, dramaturgo y periodista; á Juan María Gutiérrez crítico, novelista, poeta, historiador y periodista; á Sarmiento prosista de intensidad extraordinaria, lo mismo como orador, polemista ó historiador psicólogo; á Vicente López historiador y novelista; á Mitre historiador, periodista, orador y poeta; con-

cretándonos á estos casos *clásicos* para abreviar, pues podrían citarse sin esfuerzo muchos otros ejemplos contemporáneos.

Por estas razones, creemos la más indicada, la división de la literatura argentina en *épocas*, en la siguiente forma:

Epoca Colonial hasta 1810.

Epoca de la Revolución y de la independencia 1810 á 1830.

Epoca de la dictadura de Rosas 1830 á 1852.

Epoca moderna 1852 á 1880.

Epoca contemporánea 1880 hasta nuestros días.

*
* *

El estudio de nuestra literatura nacional va adquiriendo cada día mayor importancia y despertando más interés, lo que es perfectamente lógico si se observa que no pasa un año sin que su caudal se enriquezca con el contingente de obras siempre más sólidas en cuanto á su fondo y de más perfecta estética en cuanto á su forma.

Su estado actual es verdaderamente próspero y fecundo en todas sus manifestaciones, alejándonos cada vez más de la imitación ó de la reminiscencia de obras europeas, cuyas huellas son fáciles de rastrear en la producción intelectual de épocas anteriores.

Lejos de reconocer que es imposible, en unas pocas líneas, pasar revista á todas las obras de mérito publicadas en estos últimos años, sólo recordaremos algunas de cada género literario.

Un libro extraño de Francisco Sicardi es quizás la novela más intensa y realista de nuestra literatura contemporánea, notable por la fuerza de su prosa, la vida de sus personajes y la novedad de sus ideas.

La Prosa que llamaríamos *lírica* ha alcanzado una expresión de sublime belleza en *Mis Montañas* de Joaquín V. González.

Rozas y su tiempo de José María Ramos Mejía es un trozo de historia argentina examinado y analizado por un criterio que une á su gran cultura, raras cualidades de observadora psicología.

De estilo semejante, en cuanto á la tendencia de la obra es el *Facundo*, notable estudio histórico de David Peña.

Ernesto Quesada con *El Criollismo* ha colocado la crítica literaria á una altura que no había alcanzado entre nosotros, fundiendo en las páginas de su libro su vastísima erudición y sus dotes de sociólogo eminente.

La poesía cuenta entre sus felices cultores á José Palacios, cuyo pseudónimo, *Alma fuerte*, sintetiza de admirable manera la virilidad de su estro; á Leopoldo Díaz, de inspiración delicada y armoniosa; á Ricardo Rojas, jóven figura del parnaso argentino, que se reveló con *La victoria del hombre*, en cuyas páginas se advierte elocuente fibra de poeta é intelectual superior.

En la oratoria, el nombre de Belisario Roldán se nos presenta como un exponente de elocuencia florida y galana.

Muchas son las producciones del teatro nacional que merecerían citarse especialmente, pero su larga enumeración nos llevaría fuera de nuestro propósito, por eso recordaremos tan sólo *Jesús Nazareno* de Enrique García Velloso, drama de ambiente criollo pero con tendencias simbolistas; *Más allá de la vida* (Oltre la vita) de José León Pagano, que ha recorrido triunfante los escenarios europeos; *Próspera* de David Peña, comedia sociológica y política; *Sobre las ruinas*, profundo estudio de nuestra evolución social, y *Marco Sereri*, simpático y conmovedor triunfo de los sentimientos humanitarios sobre los preceptos legales, ambas obras de Roberto J. Payró; *El Arlequín* de Otto Miguel Cione, tragedia en que alternan momentos de tan intensa como original belleza, con rasgos de suprema emoción dramática; *Las de Barranco* comedia de ambiente popular llena de admirable realismo, original de Gregorio Laferrère; no citando muchas otras obras de positivo valor, representadas últlmamente, en unos casos, para no llevar esta brevísima reseña á límites que no corresponden á este lugar, y, en otros, por no ser argentinos sus autores.

Los autores estudiados en este *Compendio* no son los únicos cuya producción intelectual merezca citarse especialmente.

Para que fuera completo habría que agregar, á los que acabamos de nombrar y á los incluídos en las páginas del texto, muchos otros ya remotos, ya contemporáneos, como Manuel José García, Julián Segundo Agüero, Gregorio Funes, Fray Justo de Santa María de Oro, José Agustín Molina, José Rivera Indarte, Pedro Medrano, Cárlos Encina, Florencio Balcarce, Luis L. Domínguez, Marcos Sastre, Claudio Mamerto Cuenca, Ramón Díaz, Tristán Achaval Rodríguez, Pedro José Agrelo, Eugenio Cambaceres, Melchor Pacheco y Obes, Manuel Antonio Castro, José María Paz, Adolfo Mitre, José María Cantilo, Bernardo Vera y Pintado, Juan Godoy, Juana Manuela Gorriti, Lola Larrosa de Ansaldo, Juana Paula Manso, Eduardo Mansilla de García, Domingo Martinto, Manuel Inurrieta

Miguel Irigoyen, Adolfo Lamarque, Eduardo Gutiérrez, Juan Lussich, Gervasio Méndez, Manuel Argerich, Julián Martel, Tomás Gutiérrez, Santiago Estrada, José S. Alvarez, José Zuviría, Miguel Cané, Enrique E. Rivarola, Joaquín Castellanos, Martín Coronado, Osvaldo Saavedra, Rafael Obligado, Francisco Sicardi, Vicente y Ernesto Quesada, Martiniano Leguizamón, Juan Agustín García (hijo), Lucas Ayarragaray, Calixto Oyuela, Osvaldo Magnasco, Martín García Mérou, Leopoldo Lugones, Cárlos Octavio Bunge, Enrique Rodríguez Larreta, Estanislao S. Zeballos, Lucio V. López, Daniel García Mansilla, Angel de Estrada (hijo), Martín C. Aldao, Francisco Soto y Calvo, Cárlos Navarro Lamarca, Héctor Quesada, Cárlos María Ocantos, Adolfo Saldias, José Ingenieros, Pedro J. Naón, Rosario P. de Godoy, Emma de la Barra, Alfredo Méndez Caldeira, Jorge Sohle, José Luis Cantilo, Diego Fernández Espiro, Juan Pablo Echagüe, Alberto Ghiraldo, Mario Sáenz, Eusebio Gomez, Ezequiel Soria, Manuel Ugarte, Arturo Jiménez Pastor, Atilio Chiapori, Emilio Becher, Luis María Jordán, César Iglesias Paz, Salvador Oria, Manuel Galvez (hijo), Alberto Tena, Martinez Zuviria, que han producido hermosas páginas en la historia, en la poesía, en la novela, en el teatro, en la oratoria y en el periodismo.

También en la generación jóven, en la que se inicia, se descubren desde ya muchos otros nombres que pronto figurarán honrosamente en los anales de la literatura nacional, prestándole el juvenil vigor de sus anhelos y aspiraciones y aportando nuevas y generosas ideas á las múltiples manifestaciones de nuestra cultura intelectual.

Pero este luminoso conjunto exije, á quien quiera abarcarlo, la elaboración de un libro extenso, labor superior á nuestras fuerzas y á nuestro propósito, que, como ya lo hemos dicho, está limitado á responder, de la mejor manera posible, á los programas oficiales.

El Autor.

CAPÍTULO I

EPOCA COLONIAL

Es natural y corriente, en todos los que han encaminado sus labores al estudio del desarrollo del pensamiento en un país determinado, comenzar por investigar la formación del idioma y aún los orígenes del pueblo de cuyos monumentos literarios se trata.

La Harpe, Villemain en Francia, Sismondi, Guinguené respecto de Italia, Amador de los Rios en España, en una palabra, cuantos han escrito de la historia literaria de las naciones europeas, han debido siempre tomar este hecho capital como punto de partida de sus tareas.

Pero estas investigaciones quedan manifiestamente fuera de la órbita de nuestros estudios. El idioma castellano empleado por los escritores de la «época colonial» estaba ya formado cuando los primeros conquistadores pisaron las riberas del Plata. Cervantes aún no había nacido, pero el instrumento de que hiciera tan brillante alarde en el *Quijote*, iba, muy pronto, á llegar con él á la plenitud de su desarrollo.

Las palabras «literatura colonial» no se refieren, pues, como fácilmente se deja entender, sino al cultivo que tuvo el pensamiento en todas sus formas, durante el tiempo de la dominación española, en el territorio que hoy constituye la República Argentina.

Aquella literatura puede decirse que fué una planta exótica trasplantada á un suelo vírgen; nada más que un arroyuelo que va á derramarse en la corriente madre. Trátase simplemente, en este caso, de averiguar y constatar la marcha seguida entre nosotros por los que se dedicaron á las letras, estudiando el alcance de las producciones del espíritu bajo las influencias inmediatas que obraron en este suelo, bien sea á consecuencia de los hombres que las

sufrieron, bien sea á causa de las tendencias impresas á su carácter por el pueblo en medio del cual vivieron ó por la naturaleza de un país inculto, estrechado por la escasez de medios y asfixiado por el ambiente político.

Si hubiéramos de juzgar por su valor intrínseco las obra de los escritores del coloniaje, poco hallaríamos de que hablar; pero si se desea estudiar el creciente movimiento de las ideas en este país é imponerse del sesgo que sucesivamente iban tomando, se encontrarán, especialmente en los últimos años del coloniaje, juiciosos testimonios del progreso intelectual, precursor de las transformaciones sociales y políticas porque han pasado, y que sirven al historiador de hilo para conducir certeramente su narración.

La literatura de la «época colonial,» en absoluto, apenas si tiene algún monumento digno de recordarse, pero estudiada en su conjunto, siguiendo paso á paso su desarrollo, es fácil convencerse que por la marcha natural de las cosas iba cimentando sus ideas y encaminándolas por la senda de la emancipación y del progreso.

No hay, pues, en general, en la literatura de este tiempo, un libro que lleve impresa la marca de una época ó que sea el reflejo fiel de las costumbres é ideas que dominaban el siglo en que fué escrita, ó que revele el genio de un periódo cualquiera.

La influencia de las doctrinas esparcidas por un libro y el intercambio de ideas de nación á nación, no fueron nunca conocidas. Es curioso rastrear en otras partes las huellas, más ó menos duraderas, que imprimiera á sus contemporáneos ó á las generaciones posteriores, una obra notable. Los franceses, los alemanes, los ingleses experimentaron la influencia española con las victorias de los soldados de Carlos V, y aprendieron de los autores dramáticos españoles una multitud de cosas que modicaron su gusto y lo hicieron progresar. Pero en este Flandes indiano un autor no conocía á otro, y apenas si se conocía á sí mismo.

Si á la ruda lucha por la vida en un ambiente mezquino agregamos la monotonía de una sociedad donde la influencia extranjera era desconocida, que pasaba sus días aislada y soñolienta en medio de asaltos y tropelías ó de etiquetas y ceremonias, cuya vida privada la representaban la suje-

ción, la ignorancia y la superstición, tendremos explicado el porqué de la pobreza en las producciones de genio.

Un escritor moderno dice, con mucha exactitud á este respecto, que «la cronología tiene muy poca ó ninguna importancia en la historia del coloniaje, en que un día, un mes, un año son iguales á todos los días, meses y años; en que el tiempo se desliza por entre una aglomeración de hombres inertes y silenciosos, como la corriente de un río por un lecho de piedras y guijarros; en que la existencia humana, privada de su iniciativa, de su voluntad inteligente, de sus nobles estusiasmos, de sus visicitudes gloriosas, degenera en una especie de vegetación humana». Era un estado que no representaba la actividad de la vida, sino el letargo del sueño.

Algunos historiadores, fundados en las consideraciones expuestas, niegan la existencia de una «literatura colonial».

Es indudable que fué muy rudimentaria la literatura de esta época, pues contados son los nombres que nos han llegado de los que á ella se dedicaron, pero su conjunto constituye el embrión de la *literatura argentina*, y el embrión nunca es despreciable, pues, como dice Víctor Hugo, presenta dos aspectos: «monstruo como feto, maravilla como gérmen».

Por estas razones en esta época embrionaria del pensamiento argentino, cuando la literatura no sólo no era fomentada sino combatida en la América oprimida; cuando la mayor de las bibliotecas conventuales (únicas que existían) contaba apenas con unos mil volúmenes, de los cuales, según los historiadores más concienzudos, novecientos ochenta, por lo menos, versaban sobre moral religiosa y filosofía escolástica, no habiendo de literatura propiamente dicha sino, por acaso, algún Séneca, algún Josefo, algún *De Officiis*, de Cicerón y tal cual rancio poetastro de la Península; no era posible aspirar al modelo que hubiera dado ocasión á que se produjera la obra de arte, verdaderamente tal.

Resuelta la duda de la existencia de una *literatura colonial*, surge otro problema. ¿Es propiedad de la Metrópoli ó de la Colonia? ¿Es española ó argentina?

Mientras don Juan M. Gutiérrez sostiene sin dilación que «es un error, creer que el pensamiento *argentino* durmió profundamente y no latió en ninguna de sus

arterias durante la sombría existencia de la colonia,» otro escritor no menos autorizado, el P. Poncelis, dice en su «Historia de la Literatura», al tratar de la argentina, que empieza por la «época revolucionaria» por creer que todas las producciones anteriores á esa época pertenecen netamente á la literatura española.

No puede servir de argumento para llamarla *argentina*, el que algunos autores españoles, como Martín del Barco de Centenera y Rui Díaz de Guzmán, dieran el nombre de «Argentina» á sus composiciones poéticas é históricas, aludiendo al Río de la Plata, pues nunca lo hicieron como significado nacional; por otra parte no se puede dar á la revolución de Mayo, fundadora de la Nación Argentina, una influencia retroactiva con respecto á acontecimientos anteriores á ella, ni denominar un período que le precedió, con un nombre que sólo fué nacional después de esa fecha. Pero aparte de estas consideraciones, es indudable que la literatura colonial es la fusión de la sangre española y el espíritu criollo, pudiendo considerarse esta época del pensamiento como rama de la literatura española y como gérmen de la *literatura argentina*.

CAPÍTULO II

PRIMERAS TENTATIVAS LITERARIAS

La literatura empezó en estas regiones, como en otras partes de América, por crónicas y relaciones del descubrimiento y de la conquista; entre estas se encuentran las de Ulrico Schmidel, que tomó parte en 1534 en la expedición de don Pedro de Mendoza, y los *Comentarios* del adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que se imprimieron en 1555.

Las anteriores fueron escritas en prosa, pero también hubieron crónicas en verso, de alguna importancia, aunque nunca comparables con los grandiosos poemas de Ercilla ó de Castellanos ni de otros cantores, que en las diversas regiones del nuevo continente, templaron sus liras en el rugido de sus pamperos y en el arrullo de sus frondosas selvas, ó combinaron con lo sublime de la abstracción poética, los fieros arranques exhalados por el valiente salvaje en medio de las cruentas luchas de la conquista americana.

La primera obra de esta naturaleza, escrita en estas regiones, fué *La Argentina*, poema histórico del que fué autor el extremeño don Martín del Barco de Centenera. (1572).

Su mérito como poema es escaso, pues además de ser muy deficiente la inspiración y estar lleno de incidentes que entorpecen la narración, su estilo es muy pobre y descuidado.

Su importancia está concentrada en la parte histórica, ya como cronista del adelantado Ortíz de Zárate, ya como biógrafo del fundador de Buenos Aires, don Juan de Garay.

Apesar de sus deficiencias, es la obra más interesante que se conoce de la literatura colonial en los siglos XVI y XVII.

A Bernardo de la Vega, madrileño, residente en el *reino de Tucumán*, se le debe una novela titulada *El Pastor de Iberia*, que vió la luz en 1591.

Es citado entre los literatos de esta época, Luis Pardo, poeta andaluz, aunque no nos ha llegado ninguna de sus obras.

Pero, es después de la fundación de la universidad de Córdoba en 1622 por Fray Fernando de Trejo y Sanabria, que recién toma un poco de incremento la literatura en el virreynato del Plata, aunque dado el carácter de los estudios de aquella época, todas sus obras son más de controversia religiosa que de literatura, propiamente dicho.

Esto tiene fácil explicación, si nos fijamos que eran todos religiosos los que escribían, contando solamente la Compañía de Jesús con más de doscientos nombres entre profesores, predicadores, filósofos é historiadores.

Entre estos trabajos se encuentran algunos importantes, como los que sobre la historia civil y religiosa de este país, escribieron los jesuítas Techo, Xarque, Lozano y Guevara.

También se cita, de este tiempo, el poema *La religión en el nuevo mundo*, del P. Peramás, así como unas *Crónicas* del jesuíta Gervasoni y una obra en dos tomos debida á Jorge y Antonio Ulloa, que se titulaba *Noticias secretas*.

Pero la importancia que iba tomando Buenos Aires, como capital del virreynato, empezó á atraer elementos de progreso, de que había carecido.

Durante el gobierno del virrey Vertiz, se inauguró el primer teatro ó *Casa pública de comedias*, como se llamaba en aquel tiempo y que tuvo mucho éxito.

Bajo el mismo gobierno, y muy poco después que el teatro, se inauguró la primera imprenta.

Esto dió algún movimiento á la literatura, y aunque al principio solo sirvió para publicar bandos, edictos ó pastorales, no tardó en ser empleada para trabajos de más trascendencia, como fué la edición que, en 1796, se hizo de los *Principios de la ciencia económico-política*, que tradujo del francés el más tarde famoso general Manuel Belgrano.

A ella también se debe la publicación de las *Poesías fúnebres* á la memoria del virrey Melo, cuyo autor fué el presbítero D. Manuel Fernández de Agüero, que escribió después *Poesías místicas* y también una composición en décimas titulada *Miserere*.

Una vez que hubo imprenta, poco tardó en aparecer el periodismo, el que nació en 1801 con *El Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico, é Historiógrafo del Rio de la Plata*, fundado bajo los auspicios del virrey Marqués

de Avilés y del Real Consulado, y dirigido por don Francisco Antonio Cabello.

Ya fuera como colaboradores, ya con composiciones sobre temas diversos, vemos figurar en sus columnas los nombres de Labardén, Azcuénaga, Casa Mayor, Eugenio del Portillo, Manuel Medrano, Prego de Oliver y otros.

Del último de los citados son una oda, de elegante estilo, *A España en su decadencia*, y algunos versos eróticos; pero lo que le dió más nombradía fueron sus *Cantos á las acciones de guerra con los ingleses, en las provincias del Río de la Plata, en los años 1806 y 1807*. La última obra que se conoce de él es una sátira, *Himeneo*, publicada en 1810.

Aunque los *Cantos* de Prego de Oliver llamaron grandemente la atención, fué más celebrado y ha conservado más reputación tradicional *El triunfo argentino*, de D. Vicente López, debido sin duda á que, aún cuando está consagrado todavía á la gloria de las armas españolas y fundido en el respeto á la Metrópoli, puede considerarse como el primer destello de la poesía patriótica argentina, puesto que, lo que principalmente exalta es el heroísmo del pueblo de Buenos Aires.

La Reconquista fué tema fecundo, que á más de las ya citadas composiciones inspiró un *Romance histórico* y un himno *A la gloriosa defensa de Buenos Aires*, obras del presbítero don Pantaleón Rivarola. También se cita un *Poema*, sobre el mismo asunto, escrito por Gabriel Ocampo.

CAPÍTULO III.

LABARDÉN

De todos los escritores de fines y principios del siglo, es, sin duda, don Manuel José de Labardén, el más notable, ya como poeta lírico y dramático, ya como importante factor del desarrollo intelectual de su época.

Escribió, identificándose con su tierra, obras de algún valor artístico, que aunque olvidadas hoy día, fueron muy apreciadas por sus contemporáneos.

Inicióse con algunos artículos literarios en *El Telégrafo*, pero su primer trabajo de mérito es la oda *Al Paraná*.

Augusto Paraná, sagrado río.....»

Este romance endecasílabo fué recibido con asombro, pues era una tentativa de poesía descriptiva americana, con toques de color local, agradables siempre y novísimos en la escuela á que el autor pertenecía.

En medio del aparato mitológico propio del tiempo, aparecía el dios del gran río argentino, coronado de juncos retorcidos y de silvestres camalotes,

En el carro de nácar refulgente,
Tirado de caimanes recamados
De verde y oro.....

Describe, enseguida, su gruta decorada de perlas nevadas é ígneos topacios,

En que tiene volcada la urna de oro
De ondas de plata siempre rebosando.

El Paraguay y el Uruguay salen á su encuentro, conduciendo, para engancharlos á su carro, *los caballos del mar patagónico*, y poseído de un entusiasmo muy sincero, aunque no muy líricamente expresado, saluda á aquel mo-

narca de los ríos con un himno triunfal, que es al mismo tiempo un presagio de la opulencia y felicidad que el poeta auguraba para su patria.

Abogado distinguido y entusiasta partidario de la difusión de la enseñanza y de las letras, contribuyó poderosamente á la fundación del Colegio de San Cárlos y más tarde á la del teatro de Buenos Aires. Su ilustración hizo de él uno de los hombres más influyentes y respetados de su época, habiendo desempeñado en diversas ocasiones importantes puestos públicos, entre otros el de auditor de guerra de la capitanía general, durante la administración del virrey Vertiz.

Poniendo su inteligencia al servicio de las buenas costumbres, fustigó varios vicios y errores en sus *Sátiras*, algunas de las cuales se hicieron muy populares.

En 1779 escribió el drama *Siripo*, que es su trabajo de más aliento; fué representado varias veces, con gran éxito, lo que hizo que fuera la obra más en boga del teatro de aquel tiempo.

Esto nos induce á dar una noticia de su argumento, que es el siguiente:

Por el año 1528, Gabotto, marino veneciano al servicio de España, logró, surcando las ondas del Plata, salir felizmente de ellas y entrar en las del Paraná, yendo poco después á clavar la bandera de Castilla en uno de los ángulos que forma el último de los citados ríos.

Una vez allí, Gabotto se enseñoreó, á fuerza de hierro, de los dominios que ocupaban los salvajes Timbúes, y con el fin de asegurar sus conquistas, levantó el fuerte denominado Sancti-Spíritus, primera construcción que en esta parte de la América se encargó de perpetuar la intrepidez y constancia de los españoles.

Tras dos años de formidable lucha, y sintiendo Gabotto, sin duda, el dolor de la nostalgia, volvió la proa de sus barcos con rumbo á España, dejando el citado fuerte bajo la custodia y mando del capitán D. Nuño de Lara.

Y aquí empieza la parte más interesante de la acción dramática de *Siripo*.

Entre aquella falange de valientes, que con Nuño de Lara quedaron en la fortaleza, existían dos seres cuyas almas latían con la fé de un amor sublime: Lucía Miranda y Sebastián Hurtado, esposos cuya unión había santificado la Iglesia mucho antes de venir á América.

Lucía unía á la gracia natural de las hijas de Andalucía, la belleza seráfica del alma.

Marangoré entre tanto, jefe de la tribu vencida, desde el

fatal momento de su derrota, sintió bullir pasiones salvajes, como el corazón en que latían: odio al conquistador que venía á disputarles sus dominios, y amor á Lucía por cuya posesión lo sacrificaría todo.

El salvaje cacique sólo obtuvo después de sus reiterados empeños, el convencimiento de que la virtud de la española era invencible; y entonces, en medio de su desesperación, jura vengar los desprecios que hace á su pasión, y vuelve fugitivo al campo de los suyos para concertar el modo de llevar á cabo el exterminio de los que guardaban el tesoro que tanto codiciaba.

Allí, en las soledades de su aduar, pide consejo á su hermano *Siripo*; cuéntale con caldeada frase las penas que le devoran, y de común acuerdo, convienen en que apenas asomase la luz del alba, Marangoré se presentaría en el fuerte acompañado de treinta subditos, los que irían cargados de víveres que ofrecerían á los españoles. Aceptada la ofrenda y una vez dentro del baluarte, atacarían á sus desarmados enemigos, mientras Siripo, convenientemente apostado en las inmediaciones, protegería con tres mil de los suyos la traición concertada con el fin de exterminar á los contrarios y robar á Lucía y á las demás mujeres que acompañaban á los cristianos.

El plan no podía ser, ni más oportuno, ni de más fácil realización, sobre todo si se tiene en cuenta que en aquellos momentos carecían de víveres y se encontraban con menos tropa que la ordinaria, pues el gobernador Nuño de Lara había dispuesto días antes una expedición que remontando el río, asegurase la conquista de nuevos territorios, confiando el mando de dichas tropas al esposo de la Miranda, el capitán Hurtado.

Fiel á lo convenido se presenta Marangoré en el fuerte, habla con lealtad fingida: Lara acepta con gratitud los presentes, le señala un puesto en su modesta mesa, y falto de la prudencia que el sitio y la ocasión exigían, ofrece además al cacique y á su gente, por la noche, techo para reposar de las fatigas del viaje.

Aquella franca hospitalidad tuvo por recompensa la más negra de las alevosías. Sonó la hora de la lucha: los españoles se defendieron bravamente; el mismo Marangoré cayó muerto á un golpe de la cuchilla de Lara, quien tampoco tardó en sucumbir; á poco entró Siripo, reforzando oportunamente la mermada hueste de los suyos, concluyendo por incendiar el fuerte y apoderarse de un rico botín, del que formaba parte entre otras mujeres la infeliz Lucía.

Sigue el drama con el regreso de Hurtado, cuyo dolor

fué igual á su sorpresa cuando, después de encontrar ruínas en vez de la fortaleza, buscaba á su consorte y sólo tropezaba con los despojos de la muerte. Pero en vez de acobardarse, lánzase resueltamente en busca de su esposa, hasta que la encuentra, esclava del bárbaro salvaje y sometida á los más crueles sufrimientos.

Lo que había sucedido era esto: Siripo había heredado la funesta pasión de su hermano y creyó que la bella cautiva haría el dulce destino de su vida.

Pero para Lucía la libertad y aún la vida eran poco, comparada con la fé conyugal prometida al esposo amado y rechaza con desdén la proposición del salvaje, prefiriendo la esclavitud, que le dejaba su honra.

Desde el encuentro de Hurtado con Lucía, la tragedia adquiere un interés extraordinario.

Despiértanse *los celos* en el alma de Siripo y resuelve la muerte del odioso rival. Lucía, por salvar á su esposo, renuncia al tono altivo con que trataba al indio, ruega, suplica y llora, hasta conseguir la revocación de la terrible sentencia, á costa de una condición: que los esposos han de renunciar al lazo que los une, y que Hurtado ha de tomar mujer nueva entre los que vivían en la tríbu.

Pero vanas promesas! El cariño se sobrepone á todo, y el aparente despego de Lucía desaparece para dar lugar, en las ausencias de Siripo, á escenas en que brilla, con la intensidad de la pasión, la fidelidad jurada por siempre al desgraciado capitán. Conocidos los extremos á que llegaba el fuego tan inextinguible, por denuncia de la más despechada de sus mujeres, el cacique, comprobada la delación, manda arrojar á Lucía en una hoguera y hace que su esposo sucumba bárbaramente asaeteado.

CAPÍTULO IV

ÉPOCA REVOLUCIONARIA

Llegada la hora solemne en que América, consciente de sus fuerzas, inicia la gigante lucha en contra del dominio español, la literatura argentina, y sobre todo la poesía, se transforma, y convertida en homérico paladín, invade el mundo político y social con la robusta inspiración y poderosa voz de los felices intérpretes del sentimiento popular.

Esta época tiene especial importancia, pues es la piedra fundamental sobre la cual se ha levantado el monumento literario argentino.

Es un hecho comprobado por la historia que la esclavitud enmudece las liras y apaga los entusiasmos poéticos; pero también es cierto que el silencio de la opresión se desborda omnipotente, cuando rompe los diques que le impedían su marcha.

Por esto el pueblo de Mayo oyó en la cuna de su libertad los himnos marciales de cien Tirteos, que encendiendo en el pecho de sus hijos el varonil entusiasmo que el bardo griego despertara en los ascendientes de Leonidas, contribuyeron con nuevas fuerzas á la realización de los fines de 1810. Desde la victoria de Suipacha hasta el triunfo de Ayacucho, López, Luca, Lafinur, Rodríguez, Varela y otros, verdaderos heraldos de la poesía argentina, fueron los primeros que esmaltaron ese camino de gloria con las flores de su númen.

Cultivadores del arte y amigos de las musas, remontáronse con su inspiración á la estancia donde moran las deidades del Parnaso, para cantar desde las faldas de la celebrada montaña al compás de sus liras, los heroicos triunfos de los valientes patriotas.

POETAS DE LA REVOLUCIÓN

Entre los muchos poetas de esta época se distingue en primer término don Vicente López y Planes, (1784-1856), ya nombrado al citar su *Triunfo argentino,* el cual en este período publicó varias poesías patrióticas, entre otras una oda *A la batalla de Maipo,* conociéndose de él otra composición de muy diversa índole, *Delicias de la vida del labrador.*

Pero ciertamente á ninguna de estas poesías debe López la inmortalidad de su nombre. Su gloria es ser autor del *Himno Nacional Argentino,* (1813).

El congreso general de las provincias unidas, conocedor del entusiasmo que inspiran á los pueblos los cantos nacionales, confió al señor López tan delicada misión, la que llevó á término con aprobación unánime del gobierno y del pueblo, cuyos entusiasmos sinceros supo interpretar cantando sus glorias con poderosa inspiración.

Esta obra de López está á cubierto de toda crítica, porque los cantos de la patria no se juzgan por el valor intrínseco que puedan tener, sino que se respetan por la magestad de los recuerdos que evocan.

A parte de sus triunfos literarios, López fué uno de los prohombres de la Revolución, habiendo desempeñado en distintas épocas importantes cargos, como el de diputado á la Asamblea del año 1813, ministro de Pueyrredón en 1816, y finalmente, presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata en el año 1827.

Juan Ramón Rojas, (1784-1824,) poeta de vida agitada, aunque de noble inspiración, cantó en sus versos varias acciones notables de las armas revolucionarias, siendo digna de citarse la poesía que dedicó á la victoria de *Chacabuco.*

Con los anteriores, compartieron en los días de la guerra, el papel de poetas patrióticos entre otros, don Estéban Luca, (1786-1824) y don Crisóstomo Lafinur, (1797-1824).

El primero, poeta de mucho arranque, es autor de un *Canto lírico á la libertad de Lima,* que contiene trozos notables por su magestuosa entonación. Compuso también varias odas, siendo las más notables las tituladas *A la batalla de Chacabuco* y *Al triunfo de Lord Cochrane en el Callao,* poesias que son ciertamente de estilo clásico, y de versificación vigorosa.

Igualmente merece un recuerdo su égloga de más de quinientos versos, dedicada *Al pueblo de Buenos Aires.*

Lafinur es «el poeta romántico de esta época clásica,» como dice Gutiérrez. Es notable su *Canto fúnebre,* á la muerte del general Belgrano, por la abundancia que hay en él de pasión y de ternura.

Lástima fué que su gusto nunca llegara á formarse, porque era uno de esos hombres de acción y de entusiasmo, pero cuyos escritos son siempre inferiores á su talento y á su fama.

Fué fray Cayetano Rodríguez otro de los patriotas que, envuelto en las primeras corrientes del movimiento de Mayo, dió á su país el contingente de sus luces y el entusiasmo de sus nobles aspiraciones.

Amante de su patria, hasta rendirle culto, entreabrió su cerebro para dar salida al torrente de purísimos ideales con que se sintió inspirado, cuando tras la sombra del coloniaje, vió surgir la aurora de la libertad americana, tantas veces anhelada por su alma y anunciada por sus labios con la certera clarovidencia de un profeta.

Nacido en la villa de San Pedro (provincia de Buenos Aires) en 1761, y entró á los dieciseis años en el convento de Franciscanos, donde profesó en 1783.

No fué el P. Rodríguez un poeta de arranques impetuosos como Lafinur, ni del vuelo clásico de Varela, ni de la nota bélica de Rojas. Bondadoso y sencillo imprime á sus versos su propio carácter, haciendo que la naturalidad con que estos fluyen, supla los defectos que advierte el arte.

Su primer poema lo escribió el año 1790, y fué su tema los padecimientos de *Doña María de Ojeda.* Pero cuando abrió cauce al estro que lo inflamaba, fué cuando el grito de la emancipación resonó á su oído.

Muchas son las composiciones que escribió desde esta época, pero la primera por su valor poético y literario, es, sin disputa, *El sueño de Eulalia contado á Flora,* composición festiva é ingeniosa, en la que ridiculiza con mucha habilidad á los enemigos del gran sistema, ó sea de la libertad de Mayo.

Es digna de recordarse entre los mejores trabajos del P. Rodríguez, una colección de cien *Sonetos,* en su mayor parte satíricos.

Es notable su oda *Al Paso de los Andes y victoria de Chacabuco:* no inferior á ella es la titulada *Al día augusto de la Patria,* siendo también digna de mencionarse, por

la entonación heróica que la distingue, su *Canción encomiástica al general San Martín.*

El *Himno á la Patria*, según algunos historiadores, es el que presentó en concurso con el Sr. López, (don Vicente) á la asamblea de 1813: pero si nos atenemos al testimonio de otros es infundada dicha sospecha, pues estos sostienen que no sólo no exhibió composición alguna, sino que dudan de la exactitud de la tradición, que afirma el nombramiento del P. Rodríguez para tal objeto.

También por esta época compuso un entusiasta soneto que tituló *A los colorados de Rosas.*

A la memoria del Dr. Mariano Moreno; es una composición que escribió dominado por la inspiración que en su alma produjo la temprana desaparición del fogoso orador y enardecido patriota, del cual había sido el primer maestro.

El hecho más notable de su patriotismo lo constituye la famosa acta de la independencia, que redactó inspirándose en el santo ardor de la justicia, para colocarla el 9 de Julio de 1816, cual inscripción lapidaria, que triunfase de las inclemencias del tiempo sobre los despojos del cuerpo del coloniaje.

También fué periodista, dirigiendo en Córdoba «*Los derechos del hombre*», y en 1828, estando en Santa Fé, é impulsado por la amistad que le ligaba con Rosas, fundó el periódico, *Buenos Aires cautiva, y la Nación Argentina decapitada á nombre y por orden del nuevo Catilina, Juan Lavalle.*

La guerra que la República sostuvo con el Brasil, le movió á editar este otro «*Vete portugués, que aquí no es*», el cual con el anterior son los dos últimos frutos de su fecundo ingenio.

Por fin las fatigas é infortunios por que tuvo que pasar en su agitada vida, para poder sacar triunfante el ideal de la buena causa, apagaron la luz de su existencia el día 12 de Marzo de 1832 en la ciudad de Paraná.

CAPÍTULO V

JUAN CRUZ Y FLORENCIO VARELA

Muy superior á todos los anteriores es Juan Cruz Varela, verdadero representante de la escuela clásica.

Nació Varela en Buenos Aires el 24 de Noviembre de 1794, y empezó á educarse en pleno período revolucionario, concurriendo desde 1810 á las aulas de la universidad de Córdoba, donde en 1816 se graduó de bachiller en teología.

Su primera producción fué un poema en quintillas, imitación del «*Sutrín*» de Boileau, cuyo tema era un motín universitario. Pero su vocación no era la sátira, ni la poesía amorosa, que cultivó bastante en su mocedad. Sus anacroónticas *A Delia* y *A Laura* son frías, amaneradas é insípidas; pero en un poema erótico-mitológico que tituló *Elvira*, compuesto también en su temporada de estudiante, hay octavas muy bien hechas, que recuerdan las de la «*Sylvia*» de Arriaza, á quien indudablemente había tomado por modelo, y de la cual son dignos de citarse los siguientes versos:

Tiemble la hermosa cuando, sola, al lado
De su querido, el corazón le lata;
Que contra el ruego de un amante amado
Es imposible que el rubor combata.
El primer beso, á la modestia hurtado,
El primer nudo del pudor desata;
Que arrancada á la flor la primer hoja,
Un hálito del aire la deshoja.

Pero su modelo predilecto entre los poetas españoles de fines del siglo pasado fué el melancólico Cienfuegos, cuya énfasis sentimental, sostenido por condiciones de excelente versificador, se asimiló en parte Varela. Esta derivación es visible en la elegía que compuso en 1820, á la memoria de su padre.

Salió Varela de la universidad con un buen fondo de cultura clásica, contando entre sus ensayos de colegio, unos versos latinos y una traducción de la elegía, tercera del libro III de los *Tristes* de Ovidio. Tradujo muchas de las *Odas* de Horacio, aunque no en todas fué feliz.

Su ensayo más notable, en este género, fué la versión de algunos libros de la *Eneida* con que entretuvo sus ocios de desterrado en 1829 y 1836.

Si Varela, considerado como traductor, no pasa de mediano á pesar de su buen gusto y sólidos estudios de humanidades, resulta muy superior á sí mismo, cuando en lugar de traducir, imita, inspirándose libremente en los modelos antiguos, especialmente en Virgilio. Los versos más virgilianos de Varela no son los de su traducción de la Eneida, sino los de su tragedia *Dido*, que es una adaptación dramática del libro IV del poema, siguiéndole á veces casi á la letra, pero con mucha pasión y mucho fuego.

No fué *Dido* su único ensayo dramático. Al año siguiente (1824) publicó la *Argia*, tragedia por el corte de las de Alfieri, en que no sólo imitó los argumentos del dramaturgo italiano, sino también su dicción y estilo.

Los versos de la *Argia* son menos armoniosos y elocuentes que los de la *Dido*, pero tienen en medio de sus asperezas, un corte más propio del diálogo dramático, pero, ni una ni otra son recomendables como piezas de teatro, sino como obras abundantes en bellezas líricas, porque lírico era el numen de Varela. «La tragedia clásica, dice Juan María Gutiérrez, nació y murió en las letras argentinas con Juan Cruz Varela. Sólo su gran talento y su profundo estudio de los grandes modelos, pudo restituirle la vida entre nosotros.»

En ninguna parte brilló talento como en sus odas, aunque sean de muy desigual mérito. Abundan entre ellas los cantos patrióticos, pero con títulos tan largos que parecen mejor para encabezar un boletín que una poesía. Júzguese por este: *Oda en elogio de los señores generales don José de San Martin y don Antonio González Balcarce, por el triunfo de nuestras armas á su mando en los llanos del río Maipo, el día 5 de Abril de 1818.*

Participando de las ideas de Rivadavia, del cual fué gran admirador, hízose durante el gobierno de aquel, defensor de su política, ya en el «Mensajero Argentino» y en «El Tiempo», ya en «El Centinela», y «El Porteño», trasportando á sus versos el pensamiento de la reforma liberal que aquel inició, y convirtiéndose en una especie de comentador poético de ella.

De las poesías que compuso en esta época, la oda *A la libertad de imprenta*, es sin duda, la mejor. Pero la más celebrada de sus composiciones es el poema lírico *A la batalla de Ituzaingó*, que escribió en 1827, y á la que pertenece la siguiente estrofa:

Las barreras del tiempo
Rompió al cabo frenética la mente;
Y atónita se lanza en lo futuro,
Y á la posteridad mira presente.
Oh! porvenir impenetrable, oscuro!
Rasgóse al fin el tenebroso velo
Que ocultó tus misterios á mi anhelo.
Partióse al fin el diamantino muro
Con que de mi existencia dividías
Tus hombres, tus sucesos y tus días.

Exposición grandiosa, movimientos líricos, giros poéticos, elegancia sostenida, tales son las principales dotes que luce este poema. Pero á pesar de esto es muy desigual, y no podía menos de serlo, dada su extensión y el afán de detallar minuciosamente todas las peripecias de la batalla; existe, sin embargo, en todo él una franqueza de ejecución que hace agradable é interesante su lectura.

Este valiente ensayo épico lírico no fué el último laurel de su corona poética. Inspirándose en la fundación de la Universidad de Buenos Aires, dirigió una patriótica exhortación á la juventud, á la que termina diciendo:

Ah! ya te veo alegre y presurosa
Correr á los altares de la Diosa,
Y de entusiasmo llena,
Beber de aquella fuente
Que al mismo pié de sus altares nace:
Ni tu ansia de saber se satisface
Sin bañarse en su límpida corriente.
El genio de la patria, embebecido,
¡Oh Juventud? Te mira;
Y el genio de la patria enternecido
Te bendice, te admira,
Y al fruto de tu verde primavera
Sus esperanzas libra. Nueva era
En tí comienza ahora;
Y el alma Libertad desde sus aras
Se engrie triunfadora
En el gran porvenir que le preparas!

Aunque sin dejar de ser clásico, saludo con júbilo los

cantos de Echevarría, y él mismo no dejó de buscar nuevos rumbos líricos, sustituyendo la imitación de Quintana por la de Horacio, que reemplazó enseguida por la de Manzoni, cuya influencia es notoria en la última y más bella de sus composiciones, *El 25 de Mayo de 1838*, que es una inspirada y vehemente invectiva contra Rosas.

Desde 1826, fué envuelto en el torbellino de las discordias políticas, viéndose obligado á pedir á las hospitalarias costas uruguayas, la garantía de su persona. Murió el 24 de enero de 1839, en la ciudad de Montevideo.

Después de Juan Cruz, merece especial mención su hermano Florencio Varela, nacido en Buenos Aires el año 1807.

Colaboró con él en algunos trabajos literarios, pareciéndosele mucho no sólo en lo ameno y castizo del estilo, sino también en las ideas.

Dan fé de estos sus opúsculos: *Rosas y las provincias*, *La Confederación Argentina*, y varios otros.

Como poeta se distingue de los anteriores por la regularidad clásica que imprime á sus versos. Compuso varias odas, siendo las mejores las que llevan por título *La Caridad*, *La Anarquía*, y los cantos *A la Concordia*, *A Buenos Aires* y *A la libertad de Grecia*.

La celebridad de Florencio Varela no sólo la debe á sus trabajos, ya políticos, ya literarios, sino también á su tragica muerte á mano de los sicarios de Rosas, acontecida el 20 de Marzo de 1848.

CAPÍTULO VI

EPOCA ROMÁNTICA

La civilización antigua y la moderna ó el genio clásico y el romántico se dividieron el mundo de la literatura y del arte, ostentando, el uno, las formas regulares y armónicas de su modesta y uniforme civilización, presentándonos el otro los símbolos confusos, terribles y enigmáticos de su civilización compleja y turbulenta.

El espíritu del siglo, llevaba á todas las naciones á emanciparse, á gozar de la independencia, no sólo política, sino filosófica y literaria; á vincular su gloria no sólo en libertad, en riqueza y en poder, sino en libre y expontáneo ejercicio de facultades morales y de consiguiente en la originalidad de sus artistas.

La literatura argentina había nacido clásica, pero pronto cambió de rumbos, buscando en las flexibles formas del romanticismo, más ancho campo á su imaginación naciente. Porque eran precisamente las incipientes literaturas sud americanas, las que se hallaban en mejores condiciones para cambiar de escuela.

La cultura empezaba; verdad que se había sentido el influjo del clasicismo, pero fué sólo de rechazo, y aunque alguno lo profesara, lo hacía sin séquito, porque no podía existir opinión pública racional sobre materia de gusto en donde la literatura estaba en embrión, y no era una potencia social.

Conocidas las discusiones sobre las *escuelas*, sostenidas por los escritores europeos, no titubearon los de estos países en inclinarse decididamente al romanticismo, á esa sublime poesía, que fiel á las leyes esenciales del arte no imita, ni copia, sino que busca sus tipos y colores, sus pensamientos y formas en sí misma, en su religión, en el mundo que la rodea, y produce con ellos obras bellas y originales.

Pero el romanticismo no es solamente el fruto sencillo y expontáneo del corazón ó la expresión armoniosa de los caprichos de la fantasía, sino también la voz íntima de la conciencia, la substancia viva de las pasiones, el profético mirar de la fantasía, el espíritu meditabundo de la filosofía, penetrando y animando con la magia de la imaginación los misterios del hombre, de la creación y de la providencia; es un instrumento maravilloso, cuyas cuerdas sólo tañe la mano del genio que reune la inspiración á la reflexión, y cuyas cuerdas sublimes é inagotables armonías expresan á la vez lo humano y lo divino.

ESTEBAN ECHEVERRÍA

José Estéban Echeverría, nació en Buenos Aires el 2 de Septiembre de 1805.

Cursó sus primeros estudios en el colegio de ciencias morales, hasta el año 1823, en que salió para dedicarse al comercio. Pero las prosaicas ocupaciones que desempeñaba contra su inclinación, no pudieron sofocar las que predominaban en él. En los momentos que le dejaba libre su empleo, tomaba lecciones de francés y leía en esta lengua libros de historia y de poesía.

Sin embargo, hasta los diez y ocho años, dice él mismo «pasaba sobre las horas, ignorando donde iba, quien era, como vivía.»

Este estado tuvo su término el año 1825, en que decidió hacer un viaje á Europa, para reanudar sus interrumpidos estudios.

Nacido en un país que ama con delirio, pero en dónde ni la historia suministra experiencia, ni el arte ostenta sus prodigios; en donde son pobre las escuelas y carecen los maestros del prestigio de la fama, toma el camino del viejo mundo, creyendo hallar allí los elementos de saber de que carece en su pátria, y una fuente abundante y pura en que saciar la sed de ciencia que lo devora.

Provechosos fueron, en efecto, sus estudios, que llevó á cabo con una paciencia y constancia admirables. No sólo se dedicó á su favorita, la historia, sino también á otras múltiples ramas del saber, abarcando en estas desde la geometría y la química hasta la filosofía y la economía política.

En medio de estos árduos estudios, emprendió otro que no es menos importante cuando se toma con seriedad. Las cuestiones suscitadas por el *romanticismo*, eran entónces

tan ruidosas y apasionadas que no era dado permanecer indiferente á ellas á nadie que tuviese inclinación á cultivar la imaginación y el arte de expresar lo que es bello. Echevarría se sintió arrastrado por el encanto de estas luchas de la inteligencia: se hizo romántico, y sus poesías nos dicen de que modo influyó en su espíritu la escuela que aceptara.

Los primeros ensayos de Echevarría están encerrados en sus *Ilusiones*, en las que se propuso pintar los sueños y aspiraciones ideales de la juventud en general, encerrando en un cuadro pequeño, pero variado en situaciones y accidentes, un período completo de la existencia del hombre. Pero el tipo de su héroe lo había sacado de su propio corazón, delineándolo con el recuerdo de las luchas morales que él mismo había experimentado.

En 1829 la falta de recursos le obligó á regresar á Buenos Aires.

Su llegada no pasó inadvertida. «*La Gaceta Mercantil*» que á pesar de su pobreza tipográfica, era en aquellos días el porta voz de las novedades que podían interesar al público, había reproducido en sus menguadas columnas, dos composiciones poéticas de Echevarría, *El regreso* y *Celebridad de Mayo*, poesías como no se habían leído ni mejores, ni parecidas, desde muchos años atrás.

Pero apesar de esto, tanto el «retroceso degradante que halló en su patría á su regreso de la culta Europa, como la molesta enfermedad que le acompañó toda su vida, hicieron que desapareciera de la sociedad, retirándose como un misántropo al seno de los afectos del hogar. De este aislamiento nacieron una infinidad de producciones, de las cuales, no obstante, sólo publicó una mínima parte con el nombre de *Consuelos*.

El 25 de Mayo de 1831, Echevarría haciendo un paréntesis á sus dolores y desaliento, publicó en el «Diario de la tarde» su conocida *Profecía del Plata*. Un año después (1832) apareció su poema *Elvira* que publicó, como el anterior, anónimo.

Tenía esta composición por único concepto, el triunfo de las fuerzas funestas del mal sobre las aspiraciones legítimas á la felicidad. Lisardo, es la virtud y la ciencia encerradas en un alma joven y viril. Elvira, es la esencia candorosa de la belleza, bajo la forma de una mujer.

La unión de estos dos seres que se atraen por la simpatía, debía concretar en un hecho la idea de la ventura suprema; pero una mano diabólicamente envidiosa se pone entre uno y otro y los divorcia inexorable para siempre.

Este mismo año publicó otro poema, aunque de menos interés que el anterior, titulado *Lara*. Fué recién en 1834 que publicó sus *Consuelos*, que ya hemos citado, y en los cuales Echevarría se reveló poeta, sino robusto, al menos armonioso.

Los «Consuelos» eran un feliz presagio de otra publicación más importante y sobre todo más americana; nos referimos á *La cautiva*, su obra maestra.

En este poema, Echevarría ha descripto con mano experta la naturaleza de la inmensa y solemne *Pampa*, metrópoli de la barbarie (cuna de la salvaje independencia), ha pintado el carácter enérgico y brutal, altivo y sanguinario de sus pobladores y al compás de una armonía poética que encanta, presenta un tipo noble, elevado, una alma llena de abnegación y un corazón henchido de amor.

Se refiere en el poema, un ataque de los indios á una población cristiana. Después de cruenta lucha, aquella es arrasada, llevándose los salvajes algunos infelices prisioneros de los pocos que escaparon á la masacre. Se encuentra en el número de estos el esposo de María, la heroína.

Llegada la noche, esta mujer valiente, se dirige á la toldería india y armada de un cuchillo, lo hunde en todos los cuerpos dormidos que encuentra á su paso, hasta descubrir á Brian, el prisionero cristiano: desata sus ligaduras y huyen; pero, su esposo está herido; no obstante se esfuerza por escapar, inútilmente, porque después de dolorosa y accidentada marcha, sucumbe por la pérdida de sangre y el cansancio de la jornada. La desventurada María se hecha á correr desesperada por el llano, hasta dar con unos soldados que habían salido en su busca; la infeliz pregunta por su tierno hijo, que dejó por ir en busca del esposo, y un soldado le dice: los indios le degollaron. Esta revelación hiere como un rayo el corazón de la infortunada madre, que cae en tierra para no levantarse más.

El primer defecto que se advierte en este poema, es el exceso de idealismo con que Echevarría ha vestido sus personajes; Brian y María se aproximan más á los tipos etéreos presentados por Chateaubriand en «Atala», que á los que realmente habitaron y habitan las agrestes llanuras de la Pampa.

Adolece también «La Cautiva» de falta de hilación en la narración, y sus versos en general carecen de desenvoltura, pero apesar de esto, llamó justamente la atención por ser un tema netamente nacional, siendo con esta composición que llegó Echevarría al apogeo de su fama poética.

Algunos años después, publicó *La insurrección del Sud*

de la provincia de Buenos Aires en Octubre de 1839, poema compuesto en variados metros, en el que narra lo ocurrido en el movimiento revolucionario de Dolores. Sin dejar de reconocer la importancia de la composición, nos choca en ella el contraste del fondo y de la forma. El verso no es el lenguaje de la historia y nos extraña oír referir la vida real en un idioma destinado á servir de intérprete á las creaciones de la imaginación.

«El Correo de Ultramar» publicó, en 1849, el poema *La Guitarra ó Primera parte de un libro*, que Echevarría tenía compuesto desde 1842.

Su argumento es una intriga de amor. La figura de Celia, es bella é interesante; niña de diez y ocho años, es mujer de un hombre adusto, con el que se ha desposado sin amor. Encuentra á Ramiro, joven esbelto y gallardo, y no tarda en comprender que aquél, es la otra mitad que faltaba á su alma. Desde ese momento fué culpable de pensamiento, pero nunca de hecho. La lucha de la pasión y el deber constituyen el interés de esta composición.

La narración de la «Guitarra» adolece del mismo defecto que la de «La Cautiva»; es poco hilada, no tiene ni bastante coordinación, ni suficiente desenvolvimiento, parece un simple disegno.

Pertenece también á Echevarría un poema descriptivo y político titulado *Avellaneda*, en que se propuso pintar la naturaleza de Tucumán, y cantar á un personaje de aquel nombre, que murió combatiendo por la libertad en la lucha contra Rosas. «En cuanto al carácter de Avellaneda, dice el mismo Echevarría, más he atendido á lo ideal. No poco me ha dañado á este propósito la circunstancia de ser hombre de nuestro tiempo. No se pueden poetizar ni sucesos ni caracteres contemporáneos, porque la poesía vive de la idealización».

De importancia secundaria por su alcance y extensión son el himno estoico *Al dolor* y una primorosa canción titulada *La Diamela*.

Su última composición es *El Angel caído*, poema lánguido é interminable, que consta de más de ocho mil versos. El héroe de esta composición es el eterno *Don Juan*, pero un Don Juan trasplantado á las orillas del Plata, é introducido violentamente en la sociedad argentina.

En las obras de Echevarría, dice Gutiérrez, anda revuelto el oro de buena ley con materias humildes, incurriendo á veces en error, y afeando en sus obras con lunares entónces á la moda, la faz siempre bella y noble, de sus inspiraciones poéticas. Contribuyó, sin embargo, con sus

producciones á dar un tinte ó colorido local á la poesia descriptiva, y á que fuese en adelante más expontánea.

Arrastrado por las luchas políticas, á las que nadie podía sustraerse en aquellos tiempos, fué desterrado, refugiándose en Montevideo, donde murió el 20 de Enero de 1851.

En el entierro de Echevarría, el inspirado poeta uruguayo Alejandro Magariños Cervantes, recitó una notable composición, de la cual es digna de conocerse la siguiente estrofa en que al presentarnos los móviles de la inspiración de aquél, resume también su personalidad de patriota y de literato.

Hela aquí:

¡Echevarría! cisne americano
Cóndor potente á quien prestó sus alas
El sol del Inca, y el ingenio hispano,
La proscripción y el silbo de las balas:
Grande como el deseo era tu alma,
Grande tu noble corazón heróico,
Grande tu altiva inspiración ardiente,
Y en la desgracia tu valor estoico.
La libertad, la gloria,
Eran el dulce sueño de tu mente,
Y víctima expiatoria
En su altar sucumbiste noblemente.

CAPÍTULO VII

JOSÉ MÁRMOL

A los poetas hasta aquí citados, excedió, en reputación popular durante su tiempo, y aún puede decirse que todavía la conserva, un ingenio romántico, muy desaliñado y muy inculto, lleno de pecados contra la pureza de la lengua, de expresiones impropias y de imágenes incoherentes; pero versificador sonoro, viril y robusto, superior á todos sus contemporáneos en la invectiva política, porque tenía el alma más apasionada que todos ellos, y dotado al mismo tiempo de grandes condiciones para la descripción que pudiéramos llamar *lírica*, para reflejar la impresión de la naturaleza, no en el detalle sino en grandes masas. Tal es José Mármol, nacido en Buenos Aires el 4 de Diciembre de 1818.

Arrastrado por las tendencias literarias de su época, fué romántico; pero su procedencia romántica fué esencialmente española, así como Echevarría lo había sido de origen francés. Pero por mucha que fuese la afinidad de Mármol con el romanticismo español, éste se vió reducido en su admiración y entusiasmo á un solo modelo, á Zorrilla, cuyos procedimientos de versificación trata de imitar, procurando también emular su vena opulenta y desbordada, lo que consiguió en parte, pues muchas veces deja traslucir en sus composiciones, la riqueza y colorido del modelo.

En general, en la poesía de Mármol domina un tinte de melancolía que ignata en el corazón del hombre, se refleja en la lira del poeta. Sus versos fluyen con naturalidad, aun en los momentos en que la pasión parece sofocar la inteligencia. Maneja con igual dominio todos los géneros y formas poéticas, pasando con gran facilidad de lo festivo á lo dramático, ó del tema filosófico al amoroso: abarca con su poderosa imaginación desde la novia, á la que canta con

los más delicados trinos del ruiseñor, hasta el tirano, al que hace oír sus rugidos de león pronto para desgarrarlo, sin resentirse su robusta inspiración, ni en los extremos, ni en los medios de esta vasta escala en la que es digno de seguirlo por la propiedad con que adapta el carácter al género y la voz al tema.

Perseguido y envuelto en las desgracias de su patria, vive en el destierro, ya cantando tristemente las desdichas de su suelo, ya enviando aceradas flechas contra sus opresores. Es el Byron americano, llorando á su Buenos Aires entre los lúgubres tintes del ostracismo.

Sus poesías, como él lo ha dicho, pertenecen al reino de la musa de la libertad, que triste, pensarosa y melancólica como la suerte de la patria, al son de cuyas cadenas se inspiraba; proscripto y desgraciado como ella, ha puesto también sobre las sienes de la patria, la corona de su época, salpicada de lágrimas y manchada de sangre; pertenecen á esos suspiros del corazón enviados desde el extrangero hasta las playas argentinas en el ala del céfiro, ó en el rayo tierno y melancólico de la luna; á esas armonías del sentimiento con que la poesía llora las desgracias de la patria, y vive esperanzada en su porvenir, durante la larga noche de la esclavitud.

En sus versos políticos, en sus inspiraciones contra Rosas, hay un arranque, un brío, un odio tan sincero, una tan extraña ferocidad de pensamiento, que, si á veces choca por lo monstruoso, otras veces se agiganta hasta llegar á lo sublime de la invectiva. ¿En qué escritos se han reunido más hipérboles desaforadas de venganza y exterminio, más estrépito de tumulto y de batalla, más inflamada sarta de denuestos y maldiciones, capaces de embriagar el espíritu del lector más sereno y pacífico, haciéndole momentáneamente, participar de la exaltación del poeta, que en los siguientes versos?

A Rosas—25 de Mayo de 1843.

. . . . . .

Prestadme, tempestades, vuestro rugir violento
Cuando revienta el trueno bramando el aquilón
Cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento
Para arrojarle eterna, tremenda *maldición*.....

Sí, Rosas, te maldigo! Jamás dentro mis venas
La hiel de la venganza mis horas agitó:
Como hombre te perdono mi cárcel y cadenas;
Pero como argentino las de mi patria, *no*.

A Rosas—25 de Mayo de 1850.

Rosas! Rosas! un genio sin segundo
Formó á su antojo tu destino extraño,
Después de Satanás, nadie en el mundo,
Cual tú, hizo menos bién ni tanto daño.

Abortado de un crímen, has querido
Que se hermanen tus obras con tu orígen
Y, jamás del delito arrepentido,
Sólo las horas de quietud te afligen.

. . . . . .

Tu reino es el imperio de la muerte,
Tu grandeza el terror por tus delitos;
Y tu ambición, tu libertad, tu suerte,
Abrir sepulcros y formar proscritos.

Gaucho salvaje de la pampa ruda,
Eso no es gloria, ni valor, ni vida,
Eso sólo es matar porque desnuda
Te dieron una espada fratricida.

Es difícil que se hayan escrito versos más violentos contra persona alguna, como no sean los famosos yambos de Arquiloco é Hiponacte, cuya lectura hacía ahorcarse á las gentes aludidas. Salvo la diferencia entre el puñal y la pluma, hay casos en que el poeta se coloca á la altura del tirano á quien combate y así como Rosas tiene en la historia su salvaje y siniestra grandeza, tienen también los versos de Mármol cierta poesía bárbara y desgreñada que los hace inolvidables.

Pero Mármol tiene en su lira otra cuerda más suave y candenciosa, sin la cual su estro hubiera degenerado fácilmente en convulsión epiléptica.

Bullen entre sus *Armonías*, composiciones de verdadera inspiración, como la titulada *Cristóbal Colón*.

. . . . . .

Si no te han dado monumento humano,
Si no hay *Colombia* en tu brillante historia
¿Qué importa? ¡eh! tu nombre es el océano,
Y el Andes la columna de tu gloria.

Qué navegante tocará las olas
Donde se pierde la polar estrella,
Sin divisar en las llanuras solas
Tu navío, tus ojos y tu huella?

. . . . . .
. . . . . .
Vuelve después á tu mansión de gloria
A respirar la eternidad de tu alma,
Mientras queda en el mundo á tu memoria
Sobre el Andes eterno, eterna palma!

En esta composición ha unido Mármol á la idea brillante, la soberbia estructura de la forma.

En las composiciones sobre temas más ligeros encanta la sencillez y naturalidad de sus versos. Están impregnadas de este espíritu voluptuoso y ligero entre otras, el *Canto del Poeta, Amor, Sueños, Adios, Ayer y hoy, Adios á Montevideo* y *A Teresa.*

Hay en las *Armonias* de Mármol otras poesías de carácter más filosófico, como cuando libre de preocupaciones y elementos extraños, compone su *Recogimiento,* en que se ve al hombre cansado y afligido, sintiendo

.....que le abruma la existencia
Le pesa el corazón, le duele el alma,
Y quiere, sólo, en magestuosa calma
Salir del mundo para hablar con Dios.

Su *Desencanto* nos presenta el espíritu del poeta triste en el destierro, y cansado por la esterilidad de sus esfuerzos, despertando á la realidad de la vida, porque

El canto del poeta es la armonía
Que del cisne la fábula revela:
Que comienza su canto en la agonía,
Y del dolor, cantando, se consuela.

Mezcla de sombra y luz, sueña la gloria,
Sueña mundos de dichas y de amores,
Y luego al despertar toca la escoria
De este prosaico mundo de dolores.

Mármol sentía grandiosamente la naturaleza y gustaba de abismarse en la contemplación melancólica que infunde las noches tropicales. Por eso, sin duda alguna, sus *Cantos del Peregrino,* son lo mejor de su obra poética: el pensamiento es allí más elevado y más sereno, y hasta la forma se depura algo de los muchos defectos que afean sus otras composiciones.

Los cantos de este poema son cuadros descriptivos de la espléndida naturaleza de estas regiones, calificados en su conjunto por Gutiérrez, como «un himno en loor de la magnificencia del mediodía americano,» en el que además

del suave lirismo con que conmueve y arrebata el espíritu, pinta con gallardía las escenas de estos países, y expresa con brillo y soltura de imágenes lo que siente su corazón, imprimiendo á todos sus versos un sello original y característico.

Torres Caicedo dice que estos *Cantos* llevan el sello de la América latina y los califica de ramillete de fragantes y magníficas flores.

Carlos (nombre del peregrino) es el Harold (1) de la patria y de la naturaleza, según Gutierrez.

Pero mientras el héroe del poeta inglés, arrastra su melancolía entre sepulcros y recuerdos, el Peregrino solo baja la vista al suelo para admirar las flores ó mira las montañas para cantar su magestad, ó al zenit para entonar un himno á la luz en su hora de su mayor esplendor.

Después de ensalzar lo que ve, canta lo que siente y en esta sublime combinación está el secreto del lirismo de esas estrofas que seducen y arrebatan y que nacen de esos dos mundos de misterio, de esas dos fuentes de inagotable inspiración, el corazón y la naturaleza.

Por esto *el Peregrino* es el fiel reflejo de los más íntimos sentimientos del poeta, del desterrado, del patriota y del amante que medita sobre sí mismo ó se engolfa en la grandiosidad de la naturaleza americana.

Entre los «Cantos del Peregrino» se distinguen los dedicados *A las nubes, A los trópicos* y *A América.*

De este último son los siguientes versos:

América es la vírgen que sobre el mundo canta,
Profetizando al mundo su hermosa libertad.
.....
Quedad mundo europeo; ennoblecido padre
De tiempos que á perderse con el presente van;
Quedad, mientras la mano de América, mi madre,
Recoge vuestros hijos y les ofrece el pan.

Entre los recuerdos del peregrino se presenta á menudo el de la mujer amada, á la que llama María, y cuya sincera pasión

No era ese amor frenético y ardiente
Que arrebata la calma,
Más que del corazón, de los sentidos;
Era esa tierna abnegación del alma
Que ni siente placer ni dolor siente
Sino en el alma del objeto amado...

(1) Poema de Lord Byron.

Mármol hizo representar en Montevideo dos dramas, pero su éxito fué muy dudoso. *El Poeta*, en cinco actos, es muy prosaico por su estilo, y muy mediocre por lo excesivamente romántico de su argumento.

El Cruzado, aunque desprende luz y perfume de la vida de Oriente, como dice Cortez, es muy cansado por lo largo de sus diálogos y la falta de movimiento en sus escenas, no obstante ser más regular que el anterior.

Pero ni uno ni otro parecen ser dictados por aquella misma musa que tan inspirada se había manifestado en las composiciones líricas.

Mármol también fué novelista. Su *Amalia* es una de las obras más populares de la literatura argentina, porque siempre es leída con el vivo interés que nace de su carácter histórico.

Es una narración anecdótica de la tiranía de Rosas: la mayor parte de los personajes que intervienen en el sangriento drama que allí se desenvuelve son reales, y aun son de rigurosa exactitud muchos de los actos y palabras que se les atribuyen. Cuanto allí pasa es de tal manera sorprendente y maravilloso, que, á no tratarse de tiempos tan cercanos, y en que la invención es imposible, parecería aborto de una imaginación extraviada y delirante por el terror de la persecución y del martirio.

La novela está escrita en un estilo demasiado descuidado; adolece de galicismos y solecismos, y por otra parte la prosa de Mármol carece del nervio é inspiración de sus versos.

Su paso por los parlamentos argentinos marca la época más importante y sólida de su agitada vida, que dejó grabada con caracteres indelebles en los anales de la política del Plata. Fué un paladín constante de la libertad en los congresos de su patria, donde ocupó sucesivamente los sillones de diputado y senador, desde los cuales llamó la atención por sus notables cualidades de orador. Desempeñó también el cargo de director de la biblioteca nacional de Buenos Aires.

Mármol perteneció á esa generación de poetas y mártires que sucedió á la guerra de la Independencia. Formó en la fila de los que salvaron del naufragio la libertad y las letras argentinas, de esos proscritos que combatieron con la espada y con la pluma contra la tiranía. Entre las personalidades de esa generación, descuella la suya, rodeada de la triple aureola de patriota, de literato y de poeta.

Trovador de la libertad y del amor, ha llevado á todas partes su lira y su esperanza, y en todas ha cantado á las

divinidades tutelares del hombre: viajero y peregrino, el mar, la pampa y las montañas prestaron á sus cantos sus grandiosos acentos, sus perfumes virginales y el espléndido colorido de la naturaleza americana.

Lástima grande que en lugar de esforzarse por presentar peregrinaciones y sueños descabellados, que no tenían más que una realidad poética muy discutida; lástima que en vez de trabajar por infundir existencia permanente á un orden de ideas y de sentimientos, llamados á desaparecer, no hubiera Mármol empleado sus facultades en edificar un monumento de sólidos cimientos, con los materiales que á su alcance tenía, únicos indudablemente, que en el terreno firme de su inteligencia pudieran haberle servido para levantar templos, donde el alma de la patria depositase los tesoros de su amor.

Murió el 12 de Agosto de 1871; sus últimas palabras sintetizan la actividad incansable de su espíritu, tan duramente puesto á prueba por las muchas dificultades con que tuvo que luchar, dificultades que no consiguieron doblar su carácter extraordinario, pues la vemos aún en los extertores de la agonía pedir ¡Vida!.... para trabajar, ¡Vida!.... para luchar, ¡Vida!.... para amar y defender á su patria.

CAPÍTULO VIII

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

Nació este ilustre argentino el 6 de Mayo de 1809, en la ciudad de Buenos Aires.

En sus primeros estudios se dedicó á las matemáticas, porque su padre deseaba que fuese ingeniero: pero su inclinación por las letras era decidida y cediendo á sus aficiones, compuso, siendo aun muy joven, varios ensayos en prosa, con los títulos de *El amor á la patria, La utilidad de la Geometría*, etc., etc.

Sólo después de haber leído muchos poetas españoles y extranjeros, se atrevió á hacer versos. Fué su primera inspiración *El arroyo del Tigre*.

Más tarde, cuando su imaginación empezó á tomar vuelo, emprendió rumbos nuevos en esa rama de la literatura. Sus valientes esfuerzos están señalados en *La bandera argentina en Mayo* y *La endecha del gaucho*, que publicó en «El Iniciador».

En la primera de estas composiciones ha mostrado Gutiérrez lo enérgico de su fantasía y lo vigoroso de su entonación: sólo de un alma donde hierve el entusiasmo han podido brotar estas patrióticas estrofas:

Al cielo arrebataron nuestros gigantes padres
El blanco y el celeste de nuestro pabellón;
Por eso en las regiones de la victoria ondea,
Ese hijo de los cielos que nos regeneró.

Cual águila en acecho se alzaba sobre el mundo
Para saber que pueblos necesitaban de él;
Y llanos y montañas atravesando y ríos,
La libertad clavaba donde clavaba el pié.

Poco tiempo después, publicó en «El Comercio del Plata», la leyenda histórica *Irupeya* y la tradición nacional *Caycobé*.

Muchas otras composiciones, que tienen relación con los

sucesos patrios, figuran en las columnas de «El Tirteo» periódico político y literario, que redactó en colaboración con Rivera Indarte.

En Mayo de 1837, fundó en compañía de Echevarría y Alberdi la «Asociación de Mayo», reunión de jóvenes, resueltos á trabajar por el bien de la patria.

Pero en 1840 todos sus planes fueron desbaratados y su vida sufrió una fuerte conmoción. Fué indicado á Rosas como elemento perturbador y después de varios meses de cárcel fué desterrado. Gutiérrez se refugió en Montevideo.

Poco después de su llegada, el 25 de Mayo de 1841, tuvo lugar en aquella ciudad un certamen poético, el primero realizado en Sud-América, como homenaje rendido á la idea de la revolución y al talento que la simbolizaba. Gutiérrez, Domínguez, Mármol, Rivera Indarte y otros argentinos, unieron su inspirado acento al coro general, en esa espléndida página de la libertad.

Pero fué el primero el vencedor y héroe de aquella solemnidad, verdaderamente americana. Su *Canto á Mayo*, fué aclamado por unanimidad.

Uno de sus mismos rivales en la noble lid (Mármol), escribe entusiasmado: «La poesía lírica, esta flor activa de la vida humana, ya salvaje, ora cultivada, la poesía lírica, corona de la victoria y del féretro, ha hallado en Gutiérrez digno sacerdote; y para convencerse de ello, basta leer esa valiente, dulce, elegante y entusiasmadora poesía *Canto á Mayo*»

Triunfos y glorias en la lira mía
Deben hoy resonar. Cese el gemido
Que en torno al polvo del campeón caído
Lanzara el alma en pavoroso día.

. . . . . .
. . . . . .

Jamás alzara el pensamiento al cielo
A contemplar las luces de tu gloria,
Sin tenerte, Señor, en la memoria
Y sin mirar compadecido el suelo.

Y cuando pude comprender un día
Lo que hicieron los hombres del gran Mayo
Ya comprendí también que ardiente rayo
De tu luz divinal les dirigía.

Dos años después pasó á Génova en compañía de Alberdi; durante la travesía, escribieron los dos un poema en prosa y verso cuyo título fué tomado de bergantín en que navegaban «*Edén*».

Poco tiempo permaneció en Europa; á su regreso á América fijó su residencia en Chile.

Gutiérrez, como casi todos los hombres de su generación, se vió obligado á emplear los mejores años de su vida en trabajar para vivir, invirtiendo gran parte de su tiempo en ocupaciones que, aunque intelectuales, no dejan el ánimo libre para ningún trabajo extenso de literatura: así es como recién durante su estadia en Chile, se le presentó oportunidad de sacar provecho de sus estudios sobre las letras y la sociabilidad americana; de tal índole son sus *Comentarios de las obras completas de J. J. Olmedo y del Arauco domado de Pedro de Oña*, con un exámen del libro y un estudio sobre la época del último autor, y sobre todo la colección de poesías que reunió con el título de *América poética*.

En 1851 pasó al Perú, donde publicó un notable *juicio sobre Juan de Caviedes*, poeta satírico del siglo XVII. También es de esta misma fecha su *himno mundano* titulado *A una mujer*.

De vuelta á Chile, tuvo conocimiento de la caida de Rosas, poniéndose enseguida en camino para Buenos Aires. Apenas llegado tuvo lugar la elección de diputados; y Gutiérrez fué nombrado entre estos, como representante de la ciudad, cargo que no llegó á desempeñar por haber aceptado, esos mismos días, el ministerio del interior que le ofreció el gobernador López.

A fines de 1852 la provincia de Entre Ríos lo eligió para representarla en el Congreso Constituyente. Durante algún tiempo residió en ella, siguiendo siempre el bien de su patria desde las columnas de «El Nacional Argentino», fundado por él, y al que sucedió «El Boletín Oficial».

En 1856 publicó, en el Paraná, dos folletos titulados *La Constitución de Mayo*, en que explica con sencillez el alcance de sus miras y una *Biografía de don Bernardino Rivadavia*.

Son dignos de señalarse los trabajos que publicó en la «Biblioteca Americana» con el título de *Pensamientos, máximas y sentencias de escritores, oradores y estadistas argentinos*, escribiendo también la biografía de muchos de ellos. Estos trabajos tuvieron gran éxito, no sólo por la reputación de su autor, sino también por la importancia de la obra.

En Abril de 1861 fué nombrado rector de la universidad, cargo que conservó muchos años, con dignidad y lucimiento.

El capitán de patricios, publicado en 1864, es un idilio con lágrimas, sus personajes tienen por teatro las inmediaciones de Buenos Aires. Al año siguiente, dió á luz un libro

con el título de *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sud americanos anteriores al siglo XIX*, en que incluyó algunos artículos sueltos, que sobre el particular había publicado antes.

«El Inválido» y la «Revista de Buenos Aires», publicaciones que dirigió por esta época, registran importantes trabajos suyos sobre ciencia, política, historia y literatura.

El general San Martín, es el título de un libro interesante en que se registra la biografía de este héroe, realzada por la variedad de los detalles y la elegancia del estilo.

La personalidad literaria de Juan Cruz Varela, por cuya obra profesaba sincera admiración, le mereció un estudio crítico biográfico, que es en su género uno de los más completos que registra la literatura argentina. Es lástima que á veces su simpatía intelectual por Varela perjudique el juicio sobre el mérito de algunas composiciones.

Este trabajo no se ha publicado, hasta ahora aisladamente, teniendo que acudir, para conocerlo, á los cuatro primeros tomos de la «Revista del Río de la Plata», donde, aún allí, se encuentra trunca su publicación.

En 1870 dió á luz sus *Poesías* (un tomo). Hay en este libro muchas composiciones de verdadera inspiración, entre otras, aquella en que celebró la independencia de Chile, llena de versos sentidos y entusiastas, escrita ya en 1845.

También se encuentran en este libro los lúgubres lamentos que inspiraron á Gutiérrez los amargos días del destierro, cuando

... . sobre ruinas
El bárbaro fundó su férreo trono;
Y en sangre de sus víctimas teñida
Vistió la roja púrpura; las plantas
Puso en el escabel donde se alzaba
El genio santo de la patria antigua,
Y el celeste pendón acribillado
Por gloriosa metralla, dió á la burla.

Pasadas las largas luchas que habían ensangrentado á su patria y cuando el pueblo argentino se unía en el abrazo fraternal, Gutiérrez, encanecido ya, escribió los magníficos versos de *Las tres sombras*, canto hermoso, entonado por las voces inmortales de Luca, Moreno y Belgrano, al pié del monumento que simboliza las glorias argentinas.

El poeta refleja allí, el pasado y el porvenir de su patria, nebuloso y sangriento el primero, brillante y próspero el segundo; el tribuno, el guerrero y el poeta de la revolución, llenan la mente con los recuerdos de los primeros días

de la vida republicana, conmemoran las nobles luchas de aquella época inolvidable, lloran las desgracias civiles y predican, henchidos de júbilo, el futuro dichoso de la patria.

El año 1875 fundó en colaboración con Andrés Lamas y Vicente F. López la «Revista del Río de la Plata», que ya hemos citado, publicación que alcanzó gran éxito, por lo selecto de sus materiales y la inteligencia de su dirección.

Muchos fueron los cuerpos científicos y literarios que contaron á Gutiérrez entre sus miembros.

Esta vida tan laboriosa y tan fecunda concluyó el 26 de Febrero de 1878.

Gutiérrez es un maestro en literatura: estudió desde muy jóven los modelos en cuya contemplación aprende el espíritu á familiarizarse con las diversas formas de lo bello; se inició temprano en los misterios del arte, y no en balde es tenido por uno de los argentinos que mejor ha dominado el habla castellana, sabiendo, sin caer en el arcaismo, conservar inalterable en sus producciones, la índole y el colorido del idioma nacional.

Es Gutiérrez, el primero en las letras argentinas, que ha llevado á la crítica literaria el buen gusto que nace del sentimiento de lo bello y del conocimiento de las buenas doctrinas.

La corrección, la elegancia, la delicadeza, hé aquí lo que llama agradablemente la atención en los escritos de este autor. En su poesía hay música, suave y deliciosa unas veces, solemne y majestuosa otras, pero siempre insinuante y melancólica.

Cuando se inspira en lo sencillo y en lo tierno, sus versos son delicados y aunque no tiene la fogosa y audaz imaginación de Mármol, ni la fácil abundancia y la intuición de Echevarría, ni las sublimes concepciones de Andrade, ni la penetrante mirada con que se interna en el alma Ricardo Gutiérrez, no cede á ninguno de ellos en la gracia y elegancia de la versificación, en la suavidad del colorido y en la delicadeza embelezadora de las formas.

Juan María Gutiérrez es el hombre de letras más completo que ha producido la República Argentina. Poeta, historiador, romancista, su espíritu analítico y vivaz, su inteligencia educada en los eternos modelos de la estética literaria, hicieron de él un príncipe de la crítica.

Dejó sobre la lucha de la vida, sobre los contrastes eternos entre la aspiración secreta del alma y la huella de hierro del destino, una enseñanza suprema para los que, sobre el polvo de la tierra, hacen su peregrinación con el grave peso de una inteligencia creadora.

CAPÍTULO IX.

OLEGARIO ANDRADE

Es Olegario Andrade el poeta de más vuelo y de entonación más robusta del Parnaso argentino. Sus versos, llenos de fuego y de vida son, ante todo y sobre todo, la expresión de un pensamiento vigoroso puesto al servicio de las ideas de su siglo, y el canto en las cuerdas de bronce de su lira es algo más que un arte: es una moral, un sacerdocio, un apostolado. La epopeya de su patria: las conquistas del progreso; el amor á la humanidad; todo lo que tiende á dignificar y ennoblecer á pueblos jóvenes que viven bajo la éjida salvadora de la democracia... hé ahí los asuntos para los cuales tiene Andrade voz enérgica y emociones que brotan de lo más íntimo del alma.

Nació Andrade en la provincia de Entre Ríos, haciendo sus primeros estudios en el colegio del Uruguay.

Era muy niño aún, cuando escribió sus primeras composiciones poéticas, que á pesar de ser tímidos é imperfectos ensayos, ya ponían de relieve los rasgos característicos de su filiación, formulados entre las brisas de la esperanza.

En ellos cantó á la patria, al amor filial, á la amistad, á la gloria y á la naturaleza esplendente de su suelo natal. Su inspiración está nutrida por la sensibilidad más que por las ideas; no hay que buscar en ellas la armonía de la forma, sino el mérito del esfuerzo inicial, la frescura de los primeros pensamientos, la vibración simpática de los primeros acordes.

En 1857 abandonó el Colegio sin llevar más bagaje que sus estudios de filosofía, nociones generales de historia y conocimientos muy elementales de literatura.

La índole de sus conocimientos y su decidida vocación, lo llevaron al periodismo, donde encontró campo y espacio

á la febril actividad de su espíritu. Primero en Gualeguaychú y sucesivamente en Uruguay, Paraná, Santa Fé y Concordia fundó y redactó diversos periódicos ya políticos, ya literarios, desplegando sus ideas y convicciones en infinidad de artículos llenos de novedad por su forma y por su estilo.

Pasó veinte y cinco años de su vida escribiendo para la prensa diaria, y siempre con la fuerza de pensamiento y de imaginación, que distinguen todos sus trabajos.

Pero no por esto abandonó la poesía; su composición *La Libertad* y *La América*, inspirada por los acontecimientos bélicos entre España y las Repúblicas del Pacífico, es un espléndido cuadro donde se destacan con salientes perfiles las magnificencias de la exhuberante naturaleza americana. Si bien este canto no está exento de algunos defectos ellos pasan desapercibidos, en medio de una entonación épica y robusta y de una profusión de imágenes del más acentuado lirismo.

La poesía *Al General Lavalle* tampoco está libre de defectos, ya en la rima ya en el exceso de metáforas, pero indudablemente contiene, sobre estas ligeras sombras, bellísimas y valientes estrofas.

A Paysandú, es un canto magnífico al patriotismo uruguayo en su resistencia contra el Brasil. El poeta que presenció aquel hecho de armas, ha trazado en ella las peripecias de la heróica lucha, desplegando hasta las grandes alturas, el majestuoso vuelo de su musa épica. La invocación tiene todos los tintes y la solemne entonación de una elegía.

Sombra de Paysandú ¡Sombra gigante
Que velas los despojos de la gloria
Urna de las reliquias del martirio,
Espectro vengador!

Sombra de Paysandú, lecho de muerte
Donde la libertad cayó violada,
Altar de los supremos sacrificios
Santuario del valor

. . . . . .

. . . . . .

Paysandú! epitafio sacrosanto
Escrito con la sangre de los libres!
Altar de los supremos sacrificios,
A tus cenizas, ¡paz!.

La esperanza, la desesperación, el heroísmo, la ambición, el valor y la cobardía, todas las pasiones, todos los instintos

que trabajan y luchan en estos tremendos escenarios de la vida, están allí transfigurados y deslumbrantes, soberbios y magníficos en las excelsas estrofas del poeta.

En la composición *A mi hija Agustina*, trazó en breves estrofas el cuadro de la existencia en esas primeras jornadas de la juventud, cuando los días son claros y serenos y todas las perspectivas de la naturaleza que nos rodea están repletas de vida, de armonías y de esplendores.

La Mujer es un horizonte luminoso en los primeros días del Edén, lleno de poesía y encanto.

El Nido de Cóndores, original y poética apoteósis del genio de la independencia americana, es la primera de una serie de composiciones de gran aliento. Esta poesía tiene admirables estrofas, por la soltura de la rima, por su armonía penetrante y por su vigorosa entonación.

Igual éxito que la anterior composición tuvo *El arpa perdida*, publicada en 1877, cuyo tema es la muerte del poeta Luca, en un naufragio.

Notable es también *La noche de Mendoza*, en que llora la ciudad destruída. La entonación es apropiada y las imágenes son reflejos verdaderos de aquel cuadro de espantosos derrumbes.

Tuvo Andrade la ambición de los grandes asuntos, y no se mostró indigno de tenerla. Muchas de sus composiciones justifican nuestro aserto, pero nos basta citar los dos monumentos más gigantescos, germinados por la omnipotencia de su imaginación: nos referimos al *Prometeo* y á la *Atlántida*.

La primera de éstas, considerada bajo el aspecto de su ejecución poética, es la mejor de sus obras.

En este poema Andrade toma por base una de las explicaciones que algunos críticos modernos dan á la leyenda griega, hablándonos de evoluciones y progresos del espíritu humano, pronosticando y cantando su triunfo.

Larga sería nuestra tarea, si en alas de la inspiración del poeta quisiésemos seguirle, cuando nos hace aquellas magníficas reflexiones del estado de la tierra, flotando como urna vacía en los abismos de la nada, cuando nos habla del germen de vida que palpita en sus entrañas, cuando nos pinta los esfuerzos del espíritu del hombre, sus luchas y contradiciones y al gran Titán (Prometeo) maldiciendo á Júpiter y pronosticándole su caída.

En ninguna otra de sus obras ha desplegado Andrade más libremente su fantasía enorme, al decir de Groussac, que en el inmenso drama de Esquilo, cuyos personajes son dioses y titanes, cuyo coro es el Océano, y cuyo escenario es el Cáucaso, dominador del mundo antiguo.

En todo esto hay esplendidez y exuberancia de imaginación, pero mucho desorden y confusión de ideas «reflejando su autor en alto grado, como dice uno de sus compatriotas, sus descollantes dotes de poeta, á la par que los desvíos de su fecunda inventiva, que visiblemente necesitaba de la disciplina saludable de las reglas del arte».

Andrade ha tomado el mito griego, por el lado pintoresco y filosófico, al mismo tiempo, y se complace en asombrarnos ya con la salvaje y áspera energía de las maldiciones que lanza Prometeo, ó nos deleita con la suavidad delicada y etérea del coro de las Oceánidas.

Pero su originalidad reside en la incomparable belleza del estilo, manejando los temas sobrehumanos de este cuadro gigantesco con admirable maestría.

Empieza el poema con esta valiente estrofa:

Sobre negros corceles de granito
A cuyo paso ensordeció la tierra,
Hollando montes, revolviendo mares,
Al viento el rojo pabellón de guerra
Teñido con la luz de cien volcanes,
Fueron en horas de soberbia loca,
A escalar el Olimpo los Titanes.

El canto *A Victor Hugo* es otra de las obras celebradas de Andrade. Esta composición ha sido muy encomiada por sus bellezas, que las tiene en abundancia, aunque se noten en ella, algunos pensamientos é imágenes exageradas, sin contar las frecuentes asonancias.

Tiene por tema la misión del poeta en la humanidad, flagelador de tiranías y corrupciones, sacerdote y profeta:

Para enseñar el horizonte abierto
Y bendecir los nuevos derroteros.

Apesar de los lunares indicados, llama la atención en esta poesía, como en todas las demás, el vigor de la frase, la opulencia de la rima y esa profusión de espléndidas imágenes con que el poeta presenta los pensamientos y las sensaciones que dominan su espíritu.

Es el canto *A San Martín*, una de sus obras de más aliento, no sólo por la índole del poderoso pensamiento que la preside, sino también por el desenvolvimiento que ha sabido imprimirle. Muchos poetas han cantado con éxito esas épocas y las salientes personalidades que las llenaron con sus hazañas, sus virtudes, y sus sacrificios, pero quizá ninguno levantó la musa lírica á tanta altura como el autor del canto que nos ocupa.

En las estrofas que citamos á continuación, está condensado el pensamiento de esta poesía.

Nació como el torrente,
En ignorada y misteriosa zona
De ríos como mares
De grandes y sublimes perspectivas,
Do parece escucharse en los palmares
El sollozo profundo
De las inquietas razas primitivas.
Nació como el torrente,
Rodó por larga y tenebrosa vía,
Desde el mundo naciente al mundo viejo;
Torció su curso un día,
Y entre marciales himnos de victoria,
Desató sobre América cautiva
Las turbulentas ondas de su gloria.

Como estos versos son todos los que componen esta obra, llenos de nervio y colorido, con todos los perfiles de la estética, impregnados del ritmo majestuoso que corresponde á una evocación de los recuerdos más grandes de la patria. La conclusión es soberbia:

No morirá tu nombre
Ni dejará de resonar un día
Tu grito de batalla,
Mientras haya en los Andes una roca
Y un cóndor en su cúspide bravía.

La Atlántida, canto al porvenir de la raza latina, fué la última obra poética de Andrade. En esta composición, de versos magistrales como los que siempre brotaron de la exhuberante inspiración de Andrade, cuadro vivo de los movimientos colosales y de la acción trascendental en los destinos humanos, de la raza que despertó

Como enjambre irritado en las sombrías
Hondonadas del Lacio,
De la raza latina destinada
A inaugurar la historia
Y á abarcar el espacio
Llevando por esclava á la victoria!

Esta poesía magnífica, sobresale por la grandiosidad de las imágenes y el estilo atrayente de la frase, que fueron en Andrade las manifestaciones características de su talento poético.

Andrade fué un gran poeta. Sus soberbias concepciones, quizá nos fatigan por la monotonía de lo grandioso, porque su inspiración es como la luz abrazadora del medio día, derramada por igual y de plano sobre todos los objetos.

En otros poetas percibimos combinaciones variadas, en que se mezclan las exaltaciones de la imaginación con las armonías del ruiseñor, pero en las composiciones de Andrade sólo sentimos los aleteos del cóndor en sus escursiones frenéticas por la inmensidad!

Los cantos de Andrade están destinados á vivir perdurablemente en el dominio de las letras, porque son verdaderas creaciones del genio, inspiraciones radiantes de un espíritu que sorprendió el secreto de lo bello y de lo grande.

La inexorable muerte que apagó la luz de su existencia en temprana edad no alcanzará jamás á las manifestaciones de su genio, porque Andrade tiene sobre la tierra la inmortalidad del talento.

El gobierno argentino decretó en 1886 la publicación completa de sus obras poéticas, como merecido homenaje á su memoria, y como un justo tributo á la literatura nacional, que aquel enriqueció con los brillantes acentos de su lira.

CAPÍTULO X

RICARDO GUTIÉRREZ

Nació este poeta en la ciudad de Buenos Aires el año 1840.

Su musa, sin dejar de ser americana, emprendió desde sus comienzos rumbos nuevos en la poesía argentina.

En el fondo de sus versos hay muchos dolores, muchos arranques y generosos ímpetus de la juventud; muchas borrascas de la pasión encendida y mucho fuego de ese amor que en el alma de los poetas, es fuente de soberana inspiración.

Enamorado de la soledad cae fácilmente en la meditación, y preocupado intensamente por la acción, olvídase de describir el teatro en que aquella se realiza.

Pero esto no le impide penetrar algunas veces triunfante en el campo de la descripción, cuando sobrepone su poderoso talento á sus tendencias naturales. Para justificar lo que decimos basta recordar su espléndido poema *Lázaro*, prototipo del *gaucho cantor*, pintado magistralmente en estas estrofas:

Es arrogante y varonil su traza
En la movilidad de su apostura;
La raza de los nobles no es su raza,
Pero es noble y gallarda su figura;
Porte que no envilece ni disfraza

La rara y desenvuelta vestidura,
Que lleva con descuido soberano
El intrépido gaucho americano.
....
.....

No; lleva él las prendas de aquel traje
Que destaca del muro sus colores,
con toda la arrogancia del salvaje
y aquella majestad de los señores;
Y es único padrón de su linaje
El sello de los seres superiores,
Que en el primer relámpago adivina
El ojo observador que lo examina.

De su mirada en el fulgor sombrío
Hay la intensa quietud de un pensamiento,
Hondo como el desmayo del hastío,
Fijo como fatal remordimiento;
Rastro indeleble del afán impío,
O del triste y profundo sentimiento,
Que en muda paz ó tenebrosa calma
Habita lo más íntimo de su alma.

No es el *Lázaro*, el único laurel de la corona poética de Gutiérrez, todas sus poesías líricas son notables. *El poeta y el soldado, La hermana de caridad* y su poema *Magdalena*, son composiciones de gran mérito.

Es *El Misionero*, una espléndida revelación del hombre, mártir de su fé.

Hombre inmortal que brillas
En la aureola de Dios como una estrella,
Yo soy el *Fraile* que en tu burla humillas.
Yo levanto la Cruz... yo muero en ella!...

Yo soy su misionero.
Yo soy su combatiente solitario;
Todas las sendas sobre el mundo entero
Son para mí la senda del Calvario.

Pero es, sin duda, *La fibra salvaje* la poesía más notable de este poeta, no sólo por la fuerza de la pasión que en ella se revela, sino también por la infinidad de sensaciones íntimas con que á cada paso nos encontramos en su narración, y que impregnando á sus personajes de esta atmósfera de sensibilidad y de ternura exquisita, la hace reflejar en el espíritu del lector.

En esta poesía, han vibrado con más intensidad que en ninguna otra de sus obras, las cuerdas más tiernas de la delicada lira de Gutiérrez, y su lectura nos trae recuerdos de Byron, de Espronceda y sobre todo de Alfredo de Musset, en que se encuentran esos admirables trozos de poesía,

en que la voz fuerte que exhala el corazón del poeta, repercute en el ánimo del que le admira, despertando profundas emociones.

Mi corazón es fuerte,
Porque su fibra se templó en el mundo,
Bajo el tremendo golpe de la suerte,
Mi alma, recogida
En su dolor profundo.
Puede con el naufragio de mi vida.
¡Adiós! Solo y errante,
Cruzaré sobre el polvo de la tierra,
Con máscara de dicha en el semblante,
Y sofocando un corazón maldito
Que, como atroz delito,
El más sublime amor del alma encierra.

Es notable también por su lirismo *La oración*, con que Gutiérrez penetra en las regiones de lo sublime.

Oye la voz con que á los cielos llama
El universo que en la tarde gime,
Y alza al Creador sublime
La oración que en tu lábio se derrama:
Siente la estrofa que la mar murmura,
Contempla el sol que su corona humilla,
¡Oh mortal criatura!
Y dobla sobre el polvo la rodilla.

Gutiérrez que es juzgado en la literatura argentina como el poeta de la naturaleza y del corazón, ensayó también el teatro, escribiendo con el argumento de su «Lázaro» un drama en dos actos, encontrado entre sus papeles muchos años después de su muerte, y estrenado recién el 12 de Octubre de 1903.

Él no agregará nada á la reputación literaria de su autor, porque su estructura dramática resulta anticuada y débil, aunque se advierte en sus escenas la influencia de las vibraciones poéticas del alma de Gutiérrez.

El drama «Lázaro», es un símbolo, en el que se refleja toda una época, aquella en que el gaucho independiente por su naturaleza y sus aspiraciones, protestaba con la altivez peculiar de su carácter contra la servidumbre que lo deprimía y de la cual se libraba huyendo á los montes y á los bosques.

Por eso la figura de «Lázaro» encarna el sentimiento de la patria, y el pensamiento de la independencia en la lucha

contra todo lo que represente una valla á sus anhelos de libertad.

Ricardo Gutiérrez ha tenido, en medio de lo sublime de su arte, una predilección marcada á descubrir las sensaciones íntimas de los más delicados momentos psicológicos porque atraviesa el alma en la accidentada lucha de la vida.

Por eso sus poesías nos encantan por la serenidad de las regiones á donde nos transportan sus versos, á lo que hay que agregar, la seducción que ejerce la esbeltez de la forma y lo correcto del lenguaje, condiciones relevantes de todas las composiciones de Ricardo Gutiérrez.

CARLOS GUIDO SPANO

Suave y delicada por naturaleza, es la lira de Carlos Guido Spano, nacido el año 1829 en Buenos Aires.

Su musa se mantiene con noble actitud en la región serena, desde la cual se descubren hermosas perspectivas, y donde la pasión, perdiendo su intemperancia, llega á transformarse en dulce y apacible sentimiento.

Su *Aurora* es un magnífico saludo á

¡ El sol ! monarca del alto coro
De estrellas, magno, sacro, inmortal;
Guerrero inmenso del casco de oro,
Padre del día bello y triunfal !

Encantan por su novedad, *Las horas*, y por su lozanía fresca y jóven los *¡Quince años!*

Ocupan lugar preferente en sus poesías, las traducciones y arreglos del griego, como *Pablo el Silenciario, Rufino, Meleagro, Filodemo, Antipater de Tesalia* y algunas otras en que imita á los autores clásicos, con notable semejanza, ya en el carácter, ya en los giros de las frases, uniendo á esto el mérito de ser él el primer traductor de estas composiciones.

Pero en este género, su mejor trabajo es la *Oda de Safo á Venus*, en que rivaliza con ventaja con otros traductores como Boileau y Deschanel.

Por la ternura del sentimiento que la inspira, y por su ejecución poética, es notable su composición *A mi madre.*

Una voz interior, un himno grave,
Vibra en mi seno, ¡ oh madre ! sin cesar,
Ora navegue en lago azul mi nave,
Ora con furia la quebrante el mar.

. . . . . .

. . . . . .

Corra humilde mi vida, obscura, exigua,
¿ Qué dá ? brillo. poder ; vana ilusión !
Guarde yo de tu amor la llama antigua,
Alce la mente á la inmortal región.
Y aquel himno inefable que no alcanza
Voz ninguna en la tierra á traducir,
Le sentiré cantar con mi esperanza,
Me arrullará benéfico al morir.

Entre las notas sentimentales de Guido Spano, están la *Elegia* á la memoria de José Varella, escrita en portugués, y sobre todas, la inmortal *Nenia*, llanto sublime de un pueblo, que gime destrozado por guerra cruel.

Está concebido en una sencillez de formas que encanta y conmueve.

En idioma guaraní,
Una joven paraguaya,
Tiernas endechas ensaya,
Cantando en el arpa así,
En idioma guaraní.
¡ Llora, llora urutaú
En las ramas del yatay,
Ya no existe el Paraguay,
Donde nací como tú :
Llora, llora urutaú !

En la inspirada composición *Al pasar*, existe toda la intensidad de un episodio vivído, que se inicia poéticamente con una sonrisa y termina en una lágrima. El diálogo es tierno y sencillo, su forma correctísima, lo que agregado á la naturaleza sentimental de su argumento, hacen que «Al pasar», sea una de las poesías más completas de Guido Spano, pues se reflejan en ella sus rasgos más característicos.

Victor Hugo, es un himno al insigne poeta francés, pero sobrio y majestuoso, que mereció una digna felicitación del aludido.

Inmortalitas es la más extensa composición filosófica de Guido Spano. Lástima que en ella su autor reduzca á las proporciones de una figura conceptos abstractos como son la Vida y la Muerte. Este error más propio de escultor qu-de poeta, no le impide sin embargo, llegar hasta la inspirae ción en algunas estrofas.

De caracter dramático, entre las pocas de este género, hay que citar á *Corina*, vestal pagana. Por su forma esquisita y su intenso sentimiento, bastaría esta pequeña composición para reconocer un artista en su autor.

Entre sus muchas traducciones, son notables por la fidelidad y precisión con que han sido hechas, *El Canto de Amor* y *A Elvira*, las dos de Lamartine, imitación vaga, la primera del *Cantar de los Cantares*, y sentida elegía, melancólica, tierna y delicada, la última.

Es inspirada su invocación á *La Noche*; exquisita la sensibilidad de *Amira*; rebosa en paternal cariño, *A mi hija María del Pilar*; y está llena de sana filosofía su melancólico *At home*.

En 1870, la guerra franco prusiana, le inspiró su *Victor por Francia* y *A la República Francesa*..

Sus composiciones, á excepción de las últimas, han sido recopiladas en un volúmen con el título de *Hojas al viento*.

Guido Spano es clásico por lo correcto de la forma y por la simpatía que profesa á la belleza plástica; pero su inspiración vuela, en algunas poesías, á mayor altura que la inspiración pagana, y el sentimiento que se alberga en sus estrofas, es más noble y más tierno que el sentimiento expresado en los versos de los poetas antiguos.

Ha cultivado siempre la pureza de la lengua y la pureza de la expresión, desdeñando, por instinto de su naturaleza, la forma incorrecta y desenvuelta, tan común en la literatura contemporánea.

Su inspiración es una reminiscencia platónica, que no se deleita en placeres groseros, ni se abisma en dolores profundos, ni ríe, ni se desespera.

Si alguna lágrima se desliza por su pálida mejilla, pronto se convierte en sonrisa, y sus labios perfumados modulan siempre una plácida y encantadora armonía.

Turini, en su libro «Poetas Argentinos», emite un juicio tan exacto y sintético sobre este autor, que no resistimos al deseo de trascribirlo, para terminar con él esta rápida monografía. «Los argumentos de Carlos Guido Spano son, casi siempre, dignos y elevados; á veces son modestos y humildes, vulgares nunca. Su inspiración es expontánea; su forma es propia y determinada, adecuada siempre al argumento. Sus imágenes son siempre bellas; á veces son un prodigio de verdad, otras veces atrevidas, casi nunca incompletas. Su dicción es, sin ser académica, correcta; sus colores son variados, combinados con esmero, magníficos. En todo él hay calor, afecto, sinceridad, ímpetu, generosidad; hay amor á lo bueno y lo bello; hay sentimiento inmediato de la naturaleza; aspiraciones sanas; adoración de lo puro; idolatría por la libertad y elevado culto á la fraternidad cosmopolita.»

CAPÍTULO XI.

POESÍA GAUCHESCA

La poesía popular ó gauchesca, tanto en su expresión sencilla y rudimentaria, como en la que adquiere cultivada por verdaderos artistas, es una de las manifestaciones más importantes de la literatura argentina, no sólo por sus tendencias generosas encaminadas á levantar al hijo de la Pampa, al noble y altivo *gaucho,* sino también por encerrar inapreciables tesoros de la tradición nacional.

Es el *gaucho,* iniciador y héroe al mismo tiempo de esta clase de producciones, ya líricas ya descriptivas, el tipo original de estas vastas regiones, que sin más compañero que el caballo, ni otras armas que el facón, el lazo y las boleadoras, atraviesa las solitarias pampas, rodando de *pago* en *pago,* en medio de una vida semi-salvaje.

Dotado de una facilidad asombrosa para versificar; no es raro encontrar quien improvise con rapidez admirable unas redondillas ó unas décimas sobre cualquier asunto, y aun otros que sostengan diálogos en verso, los que constituyen verdaderas luchas de imaginación, en que abundan las ocurrencias oportunas y chistosas. Estos últimos son designados con el nombre de *payadores* y es lástima que, por su falta de estudio, no siempre se ajusten á las leyes del verso.

«El habla gaucha (1) no es en su fondo diversa de la lengua general, oficial y literaria, aunque difiere de ella en algunos accidentes analógicos y con especialidad en lo que atañe á los sonidos».

Su orígen se remonta á aquella época en que por la carencia, por más de tres siglos, de escuelas en las regiones

(1) Ernesto Quesada—«El Criollismo».

de la Pampa, cada generación aprendía el idioma por tradición oral, trasmitiéndolo á su vez con todos los vicios de pronunciación inherentes á la gente analfabeta.

El predominio de este lenguaje data de la época revolucionaria en que se unieron, en las campañas militares y en los consejos parlamentarios, los hombres del campo y los de la ciudad: y al ciudadano le agradó adoptar aquella forma de expresión por las circunstancias especiales porque atravesaba, repugnándole los purismos españoles que empleaban aquellos mismos á quienes combatía.

La poesía gaucha ó «género popular realmente curioso y típico», recién presenta sus primeras manifestaciones durante la revolución de Mayo en que surgieron «vates anónimos, cuyas décimas, cantadas al son de la guitarra y á la lumbre del fogón, eran recogidas por algún entusiasta admirador».

Su forma genuina fué el *cielito*, en el cual la musa popular fundía todos los acontecimientos públicos que impresionaban su espíritu.

Este género, hoy poco menos que olvidado realizó desde su aparición hasta la época de su apogeo, una evolución perfectamente lógica.

La poesía gaucha «primeramente con Hidalgo, glorificó al gaucho patriota, valiente y cristiano, de la época de la Independencia, luego con Ascasubi, al gaucho condenado á guerrear perpetuamente, durante el período de las luchas civiles; después con del Campo, se convierte en un pretexto para aludir á su vida pintoresca, haciéndola servir á críticas de que no era capaz, y empleando su lenguaje como simple capricho literario; por fin después de Caseros (1852), normalizada la existencia de la república, aparece Rafael Hernández, autor de la verdadera epopeya de la raza gaucha».

SUS PRINCIPALES REPRESENTANTES

Dejando á parte á los gauchos cantores y á los payadores, cuyos nombres han desaparecido, y cuyas composiciones han extinguido sus ecos melodiosos en las inmensidades de la Pampa, entraremos en la poesía *escrita* ó de imitación, más ó menos literaria.

Aparece como remoto precursor de este género, tan original como interesante, un ex-profesor del colegio Carolino y capellán del Fijo de Buenos Aires, autor de varios *Roman-*

ces históricos, sobre la defensa de esta ciudad, y compuestos para «ser cantados en *comunes* instrumentos (guitarras) por los labradores, los artesanos en sus talleres, las señoras en sus estrados, y la gente común en las calles y plazas».

El primero que verdaderamente se apoderó del tipo del *gaucho* para hacerle discurrir en su propio dialecto sobre los acontecimientos populares fué el uruguayo Bartolomé Hidalgo, residente en Buenos Aires, el cual era á la vez coplista y *guitarrero*. Es autor de muchos *Unipersonales* (monólogos), que hizo representar en diversas festividades en los teatros de Buenos Aires y Montevideo. Pero nunca logró con aquellos, la reputación que justamente consiguió con los pintorescos y graciosos diálogos entre el *capataz de una estancia en las islas del Tordillo*, y Ramón Contreras, *gaucho de la guardia del Monte*, describiendo el uno lo que vió en las fiestas mayas en Buenos Aires el año 1822, y dando el otro sanos consejos políticos.

Los diálogos de Hidalgo y los de sus imitadores no tenían un fin poético, propiamente dicho, pero no puede negarse que fueron el germen de la literatura *gauchesca*, que libre después de la intención del momento, ha producido las obras más originales de la literatura sud-americana.

Hilario Ascasubi, Estanislao del Campo y José Hernández, como ya lo hemos indicado, son los que han logrado más nombradía entre estos *ingenios del terruño*, como los denomina Menéndez y Pelayo, y con su lectura descansa el ánimo de la continuada imitación de Victor Hugo y otros autores franceses, que fué, en un tiempo, la plaga de la literatura argentina.

Estos poetas, sea cualquiera su valor intrínseco, son los únicos que nos revelan algo de lo que piensa y siente la gente de los campos. Ninguno de ellos puede ser calificado de *payador*, porque hay en sus obras intuición artística, apesar de persistir con intensidad la fibra popular, especialmente en el último de los citados.

El porteño Hilario Ascasubi (1807) es uno de los que llegó á más perfección en este género, narrando en estilo *gauchi-poético* y pintando al pueblo con rasgos originales. Sus tres obras tituladas, *Santos Vega*, *Aniceto el Gallo* y *Paulino Lucero* son una serie de cuadros dramáticos en que describe las costumbres de los gauchos, y relata algunos sucesos acaecidos en las orillas del Plata, durante la guerra civil en tiempo de Rosas y en la época de la Independencia. Pero es de notar que el tipo de *gaucho* que nos presenta, especialmente en el primer volúmen es, como lo dice su

autor, el que se conocía á fines del siglo pasado. Esto no importa para que sus relaciones tengan un colorido local muy poético, haciéndolas más interesantes el empleo que en ellas hace del lenguaje del gaucho, usando de sus modismos y figuras é imitando sus faltas de gramática, con tanta naturalidad y chistes tan ingeniosos que entretiene y deleita su lectura.

La obra más amena, ingeniosa y original de esta literatura singular, se debe á Estanislao del Campo, y se titula *Fausto* (1835).

En este estraño poema, Don Anastasio el Pollo cuenta á su manera á su *aparcero* Don Laguna, el argumento de aquella ópera, que vió representar en Buenos Aires.

Prescindiendo de algunas inverosimilitudes, divierte ó interesa mucho esta especie de parodía del pensamiento poético de Goethe relatada por un campesino ingénuo, que crée realmente haber visto al diablo en el teatro. Poco á poco, dice Mefistófeles,

Si quiere hagamos un pato:
Usté su alma me ha de dar
Y yo en todo lo he de ayudar.
Le parece bien el trato?

Como el dotor consintió,
El diablo sacó un papel.
Y le hizo firmar en él
Cuanto la gana le dió.

Todo está dicho con suma sencillez, y nada hay que exceda la comprensión del rústico narrador.

Hay, en el poema, redondillas muy felices, por la rápida viveza con que se precipita el relato. Así cuando el capitán presenta á Mefistófeles la cruz de la espada:

Viera al diablo retorcerse
Como culebra ¡aparcero!
¡Oiganlé!
Mordió el acero
Y comenzó á estremecerse.

Aumenta el encanto de la escena, el idioma propio de sus actores, que se presta admirablemente para la expresión espontánea y genuina de las ideas que despierta tanta escena maravillosa en sus cerebros deslumbrados. La acción se desenvuelve en un diálogo sabroso, en el que cruzan,

como nubes coloreadas por el iris, los cuadros más brillantes de la agreste naturaleza, pintados por el artista de la pampa en su lenguaje lleno de imágenes novedosas y de gracia inagotable.

Las demás poesías de del Campo, á excepción de *El Gobierno Gaucho*, son de muy relativo mérito.

Pero la obra maestra de la literatura gauchesca, es, sin disputa, el poema de José Hernández titulado *Martín Fierro*, obra cuya popularidad abarca desde las ciudades hasta los aislados ranchos, y de la que se vendieron en diez años más de cincuenta mil ejemplares.

El tema esbozado en *La cautiva* de Echevarría, lo vemos realizado con virilidad y rudeza criolla en la inspirada composición de Hernández. El soplo de la pampa argentina, corre fácil por sus desgreñados, bravíos y pujantes versos, en que estallan todas las energías de la pasión indómita y primitiva, en lucha con el mecanismo social ante el cual se revelan los ímpetus del protagonista, que acaban por lanzarlo á la vida libre del desierto, sintiendo, no obstante, en medio de ella, la nostalgía del mundo civilizado, de cuyo seno se vé alejado.

Martín Fierro es la personificación verdadera del gaucho de la pampa, condenado al servicio forzoso de las armas, desheredado de todos sus derechos de ciudadano, perseguido por la autoridad civil, oprimido por la autoridad militar, explotado por los negociantes aventureros, afligido por el hambre y la desnudez en los campamentos de la frontera.

Martín Fierro se diferencia de otros gauchos creados por este género literario, en que no es un personaje puramente ideal ó un tipo esencialmente cómico, sino un héroe dramático en el que aparecen las manifestaciones del ingenio nativo y las realidades de su vida propia, mezcladas con imágenes y comparaciones originales llenas de naturalidad é inspiración, de las cuales surge el hijo legítimo de las llanuras, nacido sobre el caballo, criado á la intemperie, revelando todas las cualidades y todos los instintos del hombre de la naturaleza.

Martín Fierro nos cuenta en sus versos con un candor y una verdad admirables, el origen y el desarrollo de sus desdichas y sus penas.

Tenía su rancho y su hacienda, su mujer y sus hijos y era feliz.

La autoridad lo arranca de su hogar, lo arrebata á sus

afecciones, lo lleva á la frontera, al desierto, al hambre, al frío, á los tormentos y á los peligros, para que con su valor y su sangre defienda la sociedad amenazada por los indios.

Lo llevan prometiéndole alimentos, ropa, paga y por fin la libertad después de seis meses de servicio: pero en lugar de alimento, encuentra hambre; en lugar de ropa, desnudez y frío; en vez de su paga, recibe palos y estaqueadas; y en vez de seis meses de sacrificios se pasan tres años sin que piensen devolverlo á su hogar.

Desesperado de su esclavitud y su miseria, huye de una tiranía insoportable y de un servicio que había ultrapasado los límites del deber y de la justicia y vuela á su rancho, á los brazos de su mujer y de sus hijos.

Pero allí

No halló ni rastro del rancho,
Solo estaba la tapera!
Por Cristo, si aquello era
Pa enlutar el corazón.

Le dejamos la palabra á Martín Fierro:

Yo juré en esa ocasión
Ser más malo que una fiera!
Los pobrecitos muchachos
Entre tantas aflicciones
Se conchabaron de piones.
¡Mas que iban á trabajar,
Si eran como los pichones
Sin acabar de emplumar.
Los pobrecitos tal vez,
No tengan ande abrigarse,
Ni ramada ande ganarse,
Ni rincón ande meterse,
Ni camisa que ponerse,
Ni poncho con que taparse.

¡Cuánto sentimiento, cuánto dolor, cuánta poesía!

Por fin, sin familia, sin bienes, sin hogar y perseguido como vago, halla refugio en la pulpería y el pajonal; nace en él el *matrero*, nómade y camorrista, y pelea y mata, porque destruídos los lazos que le unían á la sociedad, su miseria, la persecución que se le hace y el peligro contínuo en que se encuentra, han borrado de su espíritu toda idea de respeto, despertando en él los instintos del desierto, de la soledad y de la independencia de todo convencionalismo, coronando la pendiente fatal de sus instintos el desprecio de las vidas agenas y aun de la propia.

De este modo el *gaucho*, perseguido por la leva y ahuyentado por la civilización, se convierte en temible *matrero* que gasta su vida en continuas peregrinaciones á través de las agrestes selvas, huyendo de la justicia y retrocediendo en sus instintos á los luctuosos días de la barbarie.

Considerado bajo este aspecto, *Martín Fierro* no es solamente un poema, sino también un capítulo de interesante sociología nacional, inspirado al calor de los hechos producidos en la época caótica de nuestras instituciones.

Hernández, gracias á su profunda observación de lo que veía y sentía ha legado en su *Martín Fierro* datos preciosos para quien quiera seguir el desarrollo y evolución del *gaucho*, tipo casi por completo desaparecido ya, pero cuyo papel é importancia es digna de tenerse en cuenta como factor indispensable en el estudio de determinados momentos de la historia y de la literatura argentinas.

CAPÍTULO XII.

DOMINGO F. SARMIENTO

Se destaca como una de las personalidades de más renombre en la literatura argentina de todos los tiempos, la de Domingo Faustino Sarmiento, nacido en la ciudad de San Juan, el año 1811.

Aunque dedicado en sus primeros años al comercio, empezó también en ellos la lectura de todos los libros que tuvo á su alcance, entre los que se contó la Biblia.

Su carrera literaria empieza en 1839 con la fundación de la «Zonda», periódico por él dirigido. Poco después pasó á Chile, donde publicó en «El Mercurio» de Valparaiso un notable artículo descriptivo sobre la batalla de Chacabuco y el cual le valió ser solicitado para la redacción de dicho periódico (1841).

Algunos años más tarde, asumió en Santiago la dirección de «El Nacional», hasta que en 1842 escribió, por encargo del gobierno de Chile, varias obras didácticas para la enseñanza elemental, traduciendo también otras, como *La conciencia de un niño, Manual de la historia de los pueblos antiguos y modernos, Vida de Jesucristo, La física popularizada* y otras varias.

Al año siguiente fundó con el título de «El Progreso», un periódico, en colaboración con Vicente F. López, publicando al mismo tiempo «El Heraldo Argentino», desde cuyas columnas combatió con energía la tiranía de Rosas.

Es de esta época su traducción de *El viaje de Pio IX.*

Pero recién en 1845 publicó la más célebre de sus obras *Facundo ó Civilización y Barbarie,* que es también uno de los libros más debatidos de la literatura argentina.

Es indudable que hay en él una originalidad indiscutible, como también son espléndidos los cuadros descriptivos que

en sus páginas nos presenta, pero su interés principal lo constituye el ser una epopeya dramática de una época culminante en el desenvolvimiento de la vida nacional.

También descubre Sarmiento en esta obra, buenas dotes de historiador, entre las que se encuentran sutíl sagacidad para rastrear los hechos y percibir su hilación lógica, facultad sintética para compararlos y deducir sus consecuencias necesarias, método de exposición dramático y estilo animado y pintoresco, salpicado de mucha observación y diseñado todo con marcados tintes poéticos.

Al año siguiente pasó á Europa, para estudiar los diversos sistemas de educación, y el resultado de su viaje fué la *Educación Popular*, que le colocó en el rango de los primeros educacionistas americanos. Pero durante su viaje no desperdició el tiempo, pues mandó al «Comercio del Plata», de Montevideo, una serie de artículos en defensa de los argentinos residentes en Chile, contrariando las difamaciones de la prensa de Rosas, al «Courrier du Bresil» de Río Janeiro, notables trabajos sobre el *americanismo*, y por fin á diversos periódicos franceses, muchos artículos sobre temas variados.

En Francia fué nombrado miembro del «Instituto Histórico», pronunciando en su recepción un interesante discurso sobre los motivos y consecuencias de la entrevista de Guayaquil, entre San Martín y Bolívar.

Uno de sus trabajos más laboriosos fué el periódico «La Crónica», que contiene la colección más completa de documentos de estadística argentina.

En 1850 dió á luz la *Argirópolis* y los *Recuerdos de Provincia*, interesante autobiografía en la cual Sarmiento presenta, evocando recuerdos de sus primeros años, retratos notables de personajes importantes que tuvieron participación directa en la organización de la sociabilidad argentina. En esta obra, llena de color y verdad, todo es profundamente nacional, al mismo tiempo que revela, una vez más, el talento y fecundidad de su autor.

Al año siguiente publicó la *Sud-América*, interesante trabajo histórico, al que siguieron los recuerdos de sus *Viajes por Europa, Africa y América*, consignados en dos volúmenes y cuya primera edición se agotó en menos de dos meses.

Son numerosas las biografías debidas á su pluma, entre las que sobresalen la *Vida del Presbítero Balmaceda, del Coronel Pereyra, del Senador Gandarillas*, la *Vida y escritos del Coronel Don Francisco J. Muñiz* y sobre todas ellas la *del General San Martín.*

Otra de las obras más importantes de Sarmiento, es la relación de la *Campaña del Ejército Grande*, publicada en 1852.

Es un panfleto político contra la actitud del general Urquiza. Su lectura nos introduce de golpe en el pasado lejano, y nos hace sentir los ardores de la lucha y los estallidos del furor guerrero.

En esta época fué elegido diputado por su provincia, al Congreso Constituyente, publicando al mismo tiempo dos interesantes folletos, *San Juan, sus hombres y sus actos en la regeneración argentina*, y la *Convención de San Nicolás de los Arroyos*, á los que siguieron poco tiempo después los *Comentarios de la Constitución de la Confederación Argentina.*

En 1860, su preparación política lo llevó á acupar el ministerio de gobierno, puesto que desempeñó poco tiempo por haber aceptado luego una comisión oficial á las provincias de Cuyo, de donde más tarde pasó á Chile, Perú y Estados Unidos, con el cargo de ministro diplomático. La composición de un magnífico libro, fué el resultado de su misión en el último de estos países, cuyos datos respecto á su progreso, y cuya exhuberancia intelectual y material consignó en las interesantes páginas de *Las Escuelas*, (1866).

Pero no fué este trabajo el único resultado de su visita á la república del Norte, su imaginación infatigable, encontró tiempo en medio de los deberes de su cargo, para escribir otro libro no menos interesante; nos referimos á la *Vida de Abraham Lincoln.*

A su regreso á Buenos Aires, asumió la dirección de «La Nación», con lo que de nuevo se incorporó á la política, en cuya difícil carrera supo por su inteligencia ascender hasta Presidente de la República.

Sarmiento también fué orador, y tiene como tal espléndidos discursos, entre los que sobresalen, el elogio fúnebre de Rivadavia, el de la apertura del «Ateneo Argentino», y la apología de Belgrano llamada también «discurso de la Bandera», pronunciado en la plaza de Mayo el 24 de Septiembre de 1873, al inaugurar como presidente de la República, la estátua de aquel prócer, y del cual trancribimos estos magníficos párrafos:

«En nombre del pueblo argentino, abandono á la contemplación de los presentes la estátua del general Belgrano, y lego á las generaciones futuras en el dicho bronce de que está formada, el recuerdo de su imágen y sus virtudes.

Que la bandera que sostiene su brazo flamée por siempre sobre nuestras murallas y fortalezas, á lo alto de los másti-

les de nuestras naves y á la cabeza de nuestras legiones; que el honor sea su aliento, la gloria su aureola, la justicia su empresa!....

. . . . . .

Esa bandera cumplió ya la promesa que el signo ideográfico de nuestras armas expresan. Las naciones, hijas de la guerra, levantaron por insignias, para anunciarse á los otros pueblos, lobos y águilas carniceras, leones, grifos y leopardos. Pero en las de nuestro escudo ni hipógrifos fabulosos, ni unicornios, ni aves de dos cabezas, ni leones alados pretenden amedrentar al extranjero. El sol de la civilización que alboreaba para fecundar la vida nueva; la libertad con el gorro frigio sostenido por manos fraternales como objeto y fin de nuestra vida; he aquí cuanto ofrecieron nuestros padres, y lo que hemos venido cumpliendo nosotros como república, y harán extensivo á todas esas regiones como nación, nuestros hijos».

Es Domingo F. Sarmiento, de quien sólo hemos trazado los más señalados rasgos de su vida intelectual, uno de los publicistas más originales á la par que fecundos de Sud-América, el campeón incansable de la causa pública, cuya preocupación constante fué la de toda su vida, y cuya inteligencia poderosa, consagrada durante sesenta años al engrandecimiento de su patria y á la regeneración de América, no tuvo más impulso que las luces del saber, ni otro aliciente que la virtud sacrosanta del derecho.

JUÁN BAUTISTA ALBERDI

Nació el 29 de Agosto de 1810 en la ciudad de Tucumán.

Por la escasez de medios que había en aquel tiempo, en las provincias, para nutrir la inteligencia de los jóvenes, Alberdi, vino á Buenos Aires á los quince años, ingresando en el Colegio de Ciencias Morales, y más tarde en la Universidad, donde concluyó sus estudios.

Era este el instante preciso, en que las ciencias morales y políticas, emancipándose del escolasticismo, trataban de elevar por el raciocinio la inteligencia de la juventud. Alberdi, dotado de un espíritu esencialmente liberal y de una naturaleza propensa para asimilarse las ideas modernas, comprendió el alcance de esta revolución intelectual, y se adhirió á ella con todo su entusiasmo ingénito.

Dos ó tres tentativas de mérito relativo, fueron su ensayo

literario, hasta que por fin en 1834 se decidió á publicar su *Memoria descriptiva de Tucumán* fruto de los apuntes que hizo en su viaje, tres años antes, y que es un cuadro de esa naturaleza tropical y frondosa, con todas las impresiones que le produjo, á través de los recuerdos, en su fantasía delicada y brillante.

La contestación al voto de América (1835), es una replica á Rivera Indarte, sobre nuestro entredicho con España y la necesidad de cambiar de política con respecto á esta nación.

Estudiando el derecho natural y positivo, desarrolla con claridad admirable, las teorías de la escuela histórica en su *Fragmento preliminar al estudio del Derecho.*

Con el concurso de Juan M. Gutiérrez, Tejedor, Vicente F. López y otros que le servían de colaboradores empezó á publicar «La Moda», (1834) periódico literario. En sus columnas se inició como crítico, firmando con el seudónimo de *Figarillo* una serie de artículos satíricos sobre las costumbres reinantes en esa época, y en los que se revela poseedor de un caudal de profunda observación, fina gracia y chiste mundano.

Perseguido por Rosas, se vió obligado á emigrar, pasando á Montevideo en agosto de 1838. Sin recursos, obligado á trabajar para vivir, llevaba por único capital su grande inteligencia.

Por este tiempo su gran labor fué el periodismo. Colaboró en «El Nacional», la mejor publicación que entonces había en el Río de la Plata, escribiendo también en «El Grito Argentino» y en el «Iniciador», periódicos sostenidos por la colonia argentina, emigrada en Montevideo.

En mayo de 1839 fundó con Miguel Cané «La Revista del Plata» proponiéndose con ella, uniformar opiniones en pro de la expedición que contra la tiranía de Rosas preparaba el general Lavalle.

Después de esto se dedicó á su profesión de abogado, aunque sin abandonar por eso el periodismo, pues además de colaborar en «El Talismán», fundado por Gutiérrez y Rivera Indarte, el mismo fundó «El Corsario» con el objeto de condensar en él, cuanto apareciese de notable en la literatura y en política en la prensa de Montevideo, y una vez desaparecido éste, escribió con Mitre «El Porvenir», semanario de idéntico género que los anteriores y como ellos también de escasa vida.

Para Alberdi, cada suceso nuevo era un fenómeno, ya de la ley histórica ó de los errores de los hombres, ya de las preocupaciones de las épocas. Este sentimiento que le era propio é ingénito, fué el que inspiró *La Revolución de Mayo,*

crónica dramática en cuatro partes, que aunque no la concluyó es un verdadero drama, no con la intención de ser representado, sino de dar, por medio de la personificación de los caracteres, una idea neta y precisa de los actores del gran episodio histórico.

En 1840, publicó *El Esqueleto de la Convención del 29 de Octubre*, en que critica el tratado de Makau, firmado por Rosas y el ministro de Francia.

La nueva situación de los asuntos del Plata (1841) tuvo por objeto levantar el espíritu de los emigrados, que yacía abatido por la disolución del ejército libertador.

Empleando su espíritu crítico, publicó *El Gigante Amapolas* peti-pieza cómica en un acto, que como «La Revolución de Mayo» no era destinada á la escena, sino á la crítica del general Lavalle y sus tropas por la desorganización y anarquía que en ellas reinaba.

En Mayo de 1843, embarcóse para Europa desde donde después de una gira, fecunda en estudios políticos, literarios y artísticos, pasó á Chile, que fué su residencia por mucho tiempo.

A poco de llegar allí, revalidó su título de abogado, presentando con esta ocasión una *Memoria sobre la conveniencia y objeto de un Congreso General Americano* que le mereció la aprobación unánime del jurado.

Poco después publicó varios poemas en prosa y una *Biografía del General Bulnes.*

Los Americanos ligados al extranjero, que dió á luz en 1845, es un estudio de la cuestión del Plata, en que defiende abiertamente la actitud de los argentinos aliados á los extranjeros en la lucha contra Rosas. Siguiendo el mismo orden de ideas publicó *La Acción de la Europa en América*, en pro de la intervención anglo-francesa en el Plata.

En este mismo año, escribió *Veinte días en Génova*, narración sacada de sus apuntes de viaje, y que es una verdadera gira artística por los palacios y bellezas encerradas en la *ciudad de marmol.*

Su trabajo de más resonancia en esta época fué el opúscolo con que saludó al 25 de Mayo de 1847, titulado *La República Argentina treinta y siete años después de su revolución de Mayo.* Es una revista de los grandes recuerdos que animaban su espíritu en ese día.

De índole completamente diversa es *Tobias ó la carcel á la rela* (1851), donde relata los sufrimientos y peripecias que experimentó en su viaje desde Río Janeiro á Valparaiso.

En el mismo año, con el título de *Estudios políticos* publicó un examen de las ideas del orador argentino Félix

Frías, abundando en consideraciones acerca de la influencia de la Europa y del catolicismo en las sociedades modernas.

En Mayo de 1852, dió á la luz la obra de más nombre de las muchas que se deben á su fecunda pluma.

Para poder apreciar la influencia de ella tenemos que hacer previamente referencia de los hechos históricos que la inspiraron.

A mediados del años 1851 tuvo lugar el pronunciamento del General Urquiza contra Rosas, en Entre-Ríos. La opinión se alzó en favor del caudillo, que proclamaba la libertad en el suelo argentino, y de un extremo al otro de América, los emigrados acudieron al llamado de la revolución. En Caseros terminó la famosa campaña, que tuvo por resultados el triunfo completo de la causa libertadora y la fuga de Rosas para Inglaterra en febrero del 52.

Los hombres de armas habían cumplido con su deber en los campos de batalla, tocaba entonces á los hombres de estudio y ciencia la tarea de constituir el país.

Alberdi fué el jefe designado por sus compatriotas para dirijir el movimiento de las ideas que debían organizar un gobierno regular y libre. Sus estudios y sus escritos le presentaban como la cabeza mejor preparada para concebir el plantel de una gran nación.

El tiempo urgía. Estaba convocada una convención para dictar las leyes constitutivas. Alberdi se puso al trabajo y el 1° de mayo de 1852 daba á luz *Las Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, poniendo al final de su obra monumental el proyecto de Constitución que debía darse la nación.

La obra de Alberdi era un estudio de los obstáculos que habían impedido, hasta entonces, cimentar sobre bases sólidas el establecimiento de un gobierno definitivo.

Pasaba en revista el punto de partida de las ideas coloniales, el cambio traído por la revolución de la independencia; los extravíos de los que luchaban por una federación que no comprendían y el unitarismo que llevaba al absolutismo. En una palabra, hacía la historia de las ideas que habían militado durante cuarenta años de emancipación, para deducir el sistema político que convenía adoptar; y ese sistema lo presentó en el proyecto que fué más tarde la Constitución de la República Argentina.

Es esta la obra capital de Alberdi: ella es un curso completo de derecho público americano. Popular en toda la América latina esta obra, más que ninguna otra, lleva el sello del gran jurisconsulto, del eminente publicista y del filósofo profundo.

Pocas obras se han publicado en este país de más utilidad que esta, que brilla tanto por lo severo de la forma como por lo elevado de las ideas, y á la que bien podría aplicársele lo que Voltaire decía del autor del «Espíritu de las Leyes»: «el género humano había perdido sus títulos; M. de Montesquieu los ha encontrado y se los ha devuelto». Del mismo modo podría decirse: la República Argentina había perdido sus derechos y el doctor Alberdi se los devolvía consignados en el gran libro que debía servir de pedestal á la organización constitucional de la patria, y de enseñanza á las generaciones que busquen realizar la libertad y la moralidad como fuente del orden y del progreso argentino.

Esta obra colocó á su autor en primera línea entre sus compatriotas, como pensador y legislador.

Restablecido el orden político, el gobierno nombró al doctor Alberdi encargado de los negocios de su patria ante los gobiernos de Inglaterra, Francia, España é Italia.

Durante su estadía en Europa fué agraciado con varios títulos honoríficos y académicos, entre otros los de *Miembro correspondiente del Instituto Histórico* de Francia, de la *Academia de Historia* de España y de la *Sociedad geográfica* de Berlín.

Regresó á Buenos Aires en 1879, habiendo sido designado en su ausencia, para representar en el congreso á su provincia natal, pero su quebrantada salud lo obligó á volver á Europa donde después de una vida laboriosa y fecunda como la de pocos de sus compatriotas, pasada casi toda ella en el destierro, ya forzado ya voluntario, y empleada continuamente en el mejor servicio de sus nobles ideas, murió en París el 18 de junio de 1884.

Fué toda una entidad! Un agitador incansable de ideas en las lides valerosas del pensamiento! Simboliza una faz de la inteligencia argentina, y tanto en el diarismo, como en el libro trazó hondo surco, que lo ligará á la posteridad con el caudal de servicios amontonados en décadas de labor y de lucha.

No fué un sabio sino un pensador.

De ahí es que su biografía esté en sus escritos, siendo de admirar que en medio de las dificultades para ganarse la subsistencia, haya dado á luz más de setenta publicaciones, dejando muchas otras inéditas, que legó á la posteridad, con el solo objeto de contribuir á la libertad y organización del país.

Estuvo siempre á la altura de las cuestiones que trató, y hubiera dejado un cúmulo de obras tan magistrales como *Las Bases*, si ciudadano de un país ya organizado, no se hubiera visto en el caso de tratar en folletos los puntos incipientes de su constitución.

El gobierno nacional, convencido de la importancia de los escritos de este hombre eminente, decretó en 1886 la recopilación, en una edición oficial, de todas sus obras, publicadas é inéditas, levantando así á su memoria un monumento inmortal, que es á la vez honra y gloria de las letras argentinas.

CAPÍTULO XIII

BARTOLOMÉ MITRE

Nació el 26 de junio de 1821 y pasó sus primeros años en Patagones.

Al mismo tiempo que nutría su inteligencia en diversos colegios de Buenos Aires y Montevideo, aprendió también á pulsar la lira y á esgrimir la espada.

Su primer trabajo poético fueron los *Ecos de mi lira*, que publicó siendo muy joven.

Durante su destierro en Montevideo y en medio de las continuas intranquilidades de una guerra civil, contribuyó á la fundación del «Instituto histórico-geográfico» redactando al mismo tiempo *La Nueva Era* y colaborando también en *El Nacional*, *El Iniciador* y *El Corsario*.

Poco después pasó á Bolivia, donde fué encargado por aquel gobierno de la fundación de un colegio militar. No por esto abandonó el periodismo, al que siguió afiliado desde las columnas de *La Epoca*.

Envuelto en los sucesos políticos de aquel país, se vió perseguido, y pasó á Chile, donde al frente de *El Mercurio* y otros diarios emprendió una campaña contra su gobierno, que tuvo por consecuencia un calabozo y por epílogo el destierro.

Fué entonces que regresó á su patria, tomando parte el año 1854 en la convención constituyente del Estado de Buenos Aires.

Este mismo año publicó un interesante estudio sobre el literato Rivera Indarte; y dió también á luz la colección de sus *Rimas*, réeditadas lujosamente en 1891.

Durante la Administración de Alsina, Mitre volvió á la prensa, tomando la dirección de «Los Debates», que abandonó al poco tiempo por aceptar el ministerio de gobierno.

Mitre había ya publicado interesantes artículos en «La Ilustración Argentina» sobre la simpática figura del general Belgrano; por este tiempo su trabajo primitivo fué ampliado y su *Historia de Belgrano* levantó un monumento á aquel héroe.

Las páginas de esta obra, dice du Mesnil, son dignas de Tácito, siendo de admirar en ella, que lo voluminoso del trabajo no quite la perfección que hay en todo él.

Como hombre de estado, su obra magna ha sido establecer la unidad de su patria, de la que fué electo presidente en 1862.

Terminado su período volvió al diarismo, fundando «La Nación».

Desde sus folletines empezó á publicar la *Historia de San Martín*, que comprende tres gruesos volúmenes. La edición completa recién apareció en 1889.

Esta obra ha sido reconocida por autoridades competentes en la materia como un trabajo de gran valor histórico, al que hay que agregar un estilo claro y fácil y una gran imparcialidad.

Además de estos trabajos tiene como historiador, varios otros importantes, como los *Episodios de la Revolución*, y otros más recientes, *Comprobaciones históricas* y *Nuevas comprobaciones históricas*.

El talento de Mitre es eminente como militar é historiador, así como político, literato y orador.

En la tribuna parlamentaria subyugan sus brillantes improvisaciones. Uno de sus grandes triunfos como orador fué la interpelación al gobierno de Buenos Aires sobre su participación en el famoso «Acuerdo de San Nicolás» en el que, con la fuerza de su palabra y una argumentación irrefutable, decidió el rechazo de aquel pacto por la legislatura del Estado.

Sus *Arengas*, han sido impresas en un volúmen.

En *Una provincia guaraní*, Mitre ha estudiado los orígenes y antecedentes de la provincia de Corrientes.

Sus últimas producciones literarias son las traducciones de «La Divina Comedia» del Dante y de las «Odas» de Horacio. La primera está hecha en tercetos, y su principal mérito consiste en las notas ilustrativas del traductor.

Las obras literarias de Mitre, representan en conjunto, uno de los mayores esfuerzos intelectuales, llevado á cabo por un argentino.

A su vasta ilustración agrega gran facilidad para la narración animada, dando interés y movimiento á los

más grandes cuadros de la historia nacional, en medio de los cuales es de notarse su amor á la verdad y su gran independencia para juzgar los sucesos y los hombres.

Su muerte, acaecida el 23 de Enero de 1906, dió oportunidad para apreciar la intensa veneración que profesaban los argentinos al eminente anciano, que después de haber recorrido las altas cumbres del poder, vivia, por voluntario aislamiento, en la serena región de sus prestigios, recibiendo constantemente en él, el homenaje de respeto de sus conciudadanos, que lo admiraban tanto por sus talentos como por sus virtudes.

VICENTE FIDEL LOPEZ

De la misma tarea de investigaciones históricas se ha ocupado Vicente Fidel López, nacido el año 1815 en la ciudad de Buenos Aires.

En 1833 se fundó en esta ciudad una «Asociación de estudios históricos y sociales», en la que se inició López como escritor revelando la índole de su espíritu investigador, secundado por un estilo sóbrio y un criterio ámplio.

Concluídos sus estudios de derecho y ya recibido de abogado, pasó á Chile, donde hizo activa vida intelectual. Colaboró en la «Crónica Contemporánea de Sud-América», «El Heraldo» y muchos otros periódicos y revistas; tradujo un drama titulado «Una mancha de sangre»; publicó en 1845 una *Historia de Chile* y al año siguiente su *Curso de Bellas Artes*, presentando, finalmente, á la facultad de filosofía y humanidades de la Universidad de aquel país una notable memoria sobre los «Resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuído á la civilización de la humanidad».

Vuelto á la patria en 1852 empezó, en medio de las agitaciones políticas, la vasta labor que dió por resultado su obra maestra la *Historia de la República Argentina*, paciente y concienzudo trabajo de investigación, que inicia con sus orígenes, siguiéndola en su Revolución y terminando con su enorme desenvolvimiento político y social.

Encabeza esta gran obra, una notable «introducción» que encierra un brillante estudio de historia filosófica, y es lástima que la importancia que tiene y el interés que representa, se encuentren á veces empañados por las preocupaciones de épocas demasiado cercanas.

Pero esto no es un defecto, es simplemente un inconve-

niente, no podemos ser historiadores de nuestros tiempos, porque para escuchar las lecciones de esa historia, nos estorba el ruído contemporáneo.

Pero López también es orador, orador inspirado y enérgico cuando lo exigen las circunstancias. No podrá calificarlo de otra manera, ninguno que lea su discurso en defensa del acuerdo de San Nicolás, y bien merece ese título el que después de oír las aplaudidas palabras de Portela, de Mitre y de Vélez Sársfield, se levanta convencido de sí mismo, y en medio de una multitud que le llena de imprecaciones, empieza su discurso con estas enérgicas palabras: «En el curso de esta discusión, he notado que hay quien se permite interrumpir la voz de los oradores con señales de aprobación ó reprobación, según el impulso de sus pasiones.... Bién pues! Ya que eso existe y yo no lo puedo remediar, me honro en declarar bien alto, que esas demostraciones no tendrán ninguna influencia sobre mi espíritu».

En su constante labor de investigar las minuciosidades de la historia nacional, son numerosas las publicaciones que constantemente dió á luz, sin menoscabo de continuar su obra magna, que prosiguió con laboriosidad encomiable hasta sus últimos años.

De los más notables entre aquellos trabajos, son sus *Recuerdos del pasado* que publicó «La Nación» el año 1894.

También tiene como novelista dos trabajos dignos de citarse *La novia del hereje* y *La loca de la guardia*.

CAPÍTULO XIV

NICOLÁS AVELLANEDA

En Avellaneda, á semejanza de otras personalidades que ya hemos tratado, está tan ligada su labor literaria á su tarea política, que es imposible seguir por separado los diversos caminos por donde ha desarrollado su actividad. Por esta causa lo estudiaremos como periodista, orador y prosista, al mismo tiempo que como diputado, senador, ministro y presidente de la República.

A excepción del verso, Avellaneda ha cultivado todos los géneros literarios, siendo la prensa el primer escenario donde ejercitó sus fuerzas intelectuales.

Bien pronto demostró que había en él tela suficiente para un gran político, cuando desempeñó en la provincia de Buenos Aires, el ministerio de gobierno.

Durante la presidencia de Sarmiento, fué ministro de Culto é Instrucción Pública y por último, pocos años después, fué electo Presidente de la República, siendo precisamente en medio de las contínuas preocupaciones políticas, que se acentuó como orador y publicista. Sus mensajes al Parlamento son modelos acabados de elocuencia política.

Pero sus temas son universales, como lo era su talento, y sus discursos fascinan y encantan, cualquiera que sea el punto que traten. En las tumbas, reanimaba á los personajes objeto de su oración; en frente de las estátuas hacía que éstas adquirieran el gesto y la expresión de los que fueron; ante el ejército, dignificaba al soldado, enardeciéndolo para la lucha por el honor nacional; hablando en presencia de asambleas predispuestas, trocaba su ira en aplausos, y en donde quiera que resonara su voz, era siempre respetada por la autoridad de su talento.

Pero aparte del valor intrínseco de sus notables dotes oratorias, existe una circunstancia que aumenta su valor: Avellaneda no nació orador, sino que á la manera de De-

móstenes, tuvo que vencer debilidades físicas, consiguiendo que el poder de la voluntad, inteligentemente dirigido, cubriese los defectos de la naturaleza.

Como escritor ha dejado páginas admirables. Lástima que siempre escribió de prisa, pero esto mismo dá una idea de lo que hubiera producido en la calma metódica del gabinete.

Como crítico literario é histórico, ha terciado en multitud de debates, haciendo siempre lujo de una erudición y estilo incomparables.

Resumiendo el juicio de su obra se puede decir, que como escritor dejó piezas notables de literatura, en que predominan el clasicismo, el gusto refinado y la belleza suprema de la forma, y como heraldo, de los más galanos y vigorosos de la tribuna argentina, lega á la posteridad, modelos de elocuencia repleta de grandes y sentenciosos pensamientos que quedan incorporados con su memoria á la libertad nacional.

JOSÉ MANUEL ESTRADA

Nació Estrada el año 1842, obteniendo cuando apenas contaba dieciseis años, un premio ofrecido por el Círculo Literario á la mejor composición sobre el descubrimiento de América.

Siendo aun jóven escribió uno de sus trabajos más notables el *Evangelio Americano*, refutando en él las teorías liberales de Francisco Bilbao.

Poco amante de la crónica, solo utiliza sus elementos para desentrañar la profunda filosofía de los hechos y aplicarla como enseñanza luminosa en sus *Lecciones de Historia*.

El Catolicismo y la Democracia, es su profesión de fe como católico sincero, al mismo tiempo que la declaración de principios de un ciudadano puro. A este siguió en 1865 un *Ensayo histórico sobre la revolución de los comuneros del Paraguay en el siglo XVIII*, con un apéndice sobre la actual situación política de dicha República.

En 1871 fué creada en el Colegio Nacional, la cátedra de Instrucción Cívica, y Estrada nombrado para dictarla: sus lecciones, recopiladas algunos años más tarde, forman un hermoso libro, *La política liberal bajo la tiranía de Rosas*.

Iniciado poco después en la vida política, no tardó en cambiar su cátedra por una banca en la Convención refor-

madora de la Constitución. Fué después, á pesar de no ser abogado, profesor de derecho constitucional, y varias veces representante del pueblo en los congresos nacionales.

Sus numerosas atenciones de esta época de su vida, al par que sus largos y pacientes estudios, no bastaban á llenar por completo su tiempo pues también lo tuvo para fundar y dirigir la «Revista», la mejor publicación que en su género había existido entre nosotros.

Pero donde la talla de Estrada, se destaca culminante, es como orador, título que puede medir sin reparo, con los más notables de la República, siendo por más de un concepto, superior á muchos de ellos.

Poseía todas las facultades y todos los secretos de arte tan difícil, y su palabra, desbordante de elocuencia, á la vez que elevada y enérgica, impresionaba y conmovía.

Entre sus discursos más notables, hay que hacer mención del de la apertura de su cátedra de Historia Argentina, en que hizo un notable bosquejo de la civilización política del Río de la Plata.

En los diferentes congresos de que fué miembro, muchas fueron las veces que dejó oir su voz, pero con tintes más marcados que en otras ocasiones, aún resuenan con la brillantez característica de su estilo y la profunda abundancia de su ciencia, los enérgicos ataques con que en 1886 contrarió *los recursos de la fuerza.*

Su alma templada para la lucha, sincera, vehemente y apasionada, tenía la elocuencia noble é inspirada de los creyentes.

La descripción de su vida, es fácil que encontrara estrechos las proporciones de un libro, pero la síntesis de sus sentimientos, de sus anhelos y de sus pasiones está concentrada en dos palabras supremas: *Dios y Patria.*

PEDRO GOYENA

Nació en Buenos Aires el año 1843.

Apenas tenía veinte y un año, cuando fué nombrado profesor de filosofía del Colegio Nacional, cargo que desempeñó hasta que se graduó en 1869. Al año siguiente se hizo cargo de la «Revista Argentina», donde publicó numerosos trabajos de crítica, con los que llegó al primer rango entre los literatos argentinos.

Elejido diputado á la legislatura y más tarde al congreso constituyente, fué por su gran elocuencia un campeón de la inteligencia en las luchas políticas y religiosas.

Fué profesor de Derecho Romano, durante varios años, hasta que por fin en 1880 empieza su gran período como orador pronunciando desde su sillón de Diputado, sus admirables discursos sobre *el matrimonio civil, la enseñanza laica, el recurso de la fuerza* y otros no menos notables.

En 1882 fundó en compañía de Estrada, un periódico católico «La Unión» revelando con este motivo brillantes dotes de polemista.

Como biógrafo, tiene un laborioso *Estudio sobre Félix Frías*, con el que tenía notables puntos de semejanza moral é intelectual.

Goyena nació filósofo, y lo fué eximio por el caudal copioso y sólido de ilustración que adquirió. En la tribuna su poder de análisis no tuvo rivales que le disputasen la primacía, su elocuencia se difundía y profundizaba, hasta donde tan sólo alcanzan los espíritus superiores, su lenguaje era de una riqueza abundante é inagotable y, por último, cada palabra conducía una intención, porque en su cerebro privilegiado, cada instante era una idea.

CAPÍTULO XV

LA ORATORIA DE LA REVOLUCIÓN Y DE LA INDEPENDENCIA

Mariano Moreno nació en Buenos Aires el 3 de Septiembre de 1778. Hizo sus primeros estudios en el colegio de San Cárlos, siendo uno de sus profesores fray Cayetano Rodríguez. Dotado por la naturaleza de un temperamento activo y fogoso, al que agregaba una extraordinaria perspicacia, se hizo notable desde su juventud.

Concluyó sus estudios generales á los veinte y un años y en 1799 pasó á la Universidad de Charcas, donde se doctoró en teología y leyes.

Allí empezaron á germinar en su cabeza, ideas de libertad é independencia. A su regreso á Buenos Aires, su llegada fué precedida por la fama de sus talentos en el foro, siendo nombrado al poco tiempo relator de la Audiencia y en 1809 el virrey Cisnero lo nombró su asesor privado.

Fué por este tiempo que obtuvo uno de sus más grandes triunfos con la célebre *Representación de los hacendados*.

Tal era Mariano Moreno cuando empezaron los grandes sucesos en que tomó parte tan activa. Realizada la Revolución, el pueblo lo nombró secretario de la junta.

Durante este período fundó la «Biblioteca Nacional» de Buenos Aires y la «Academia de Instrucción Militar».

Antes y después de su elevación al poder y su ingerencia en los asuntos políticos, muchas fueron las veces que su voz enérgica como su alma patriota, resonó en las asambleas populares para fomentar primero, y sostener despues la acción emancipadora de la revolución de Mayo, cuya importancia moral y práctica fué quizás el primero en comprender.

Fué uno de los motivos de su salida del gobierno el famoso decreto sobre los honores al Presidente, que es la manifestación más elocuente de sus ideas democráticas.

Seis días después de su renuncia fué encargado de una misión diplomática ante la corte de Londres, para donde salió á principios del año 1811, falleciendo en el viaje el 4 de Marzo. ¡Viva mi patria! fueron sus últimas palabras, y ellas sintetizan su vida.

Moreno fué el númen de la Revolución de Mayo y el apóstol de la democracia en el Plata.

Su carácter activo, emprendedor y enérgico, está bien reflejado en su corta vida pública, y es digno acreedor de las palabras del Coronel Saavedra, que cuando supo su muerte en pleno océano, exclamó:

«Tanta agua era menester para apagar tanto fuego».

No puede pasarse por alto al tratar la oratoria de la época emancipadora sin consignar los nombres de los distinguidos jurisconsultos Juan José Castelli y Juan José Passo, que con su talento abogaron tan brillantemente por la causa de la libertad, en los cabildos abiertos de Mayo (1810), contrarrestando en nombre de América los argumentos de la Metrópoli.

Los dos fueron secretarios de la Junta Provisional.

Manuel Antonio Castro, nació en la ciudad de Salta el año 1781. Sus grandes talentos así como su mucha prudencia, fueron apreciados por las provincias, que á competencia lo elegían para que las representase en los congresos. Como presidente de la Asamblea Nacional ilustró su elevado puesto en las cuestiones que allí se dilucidaron, mostrando siempre sus profundos conocimientos en política y en jurisprudencia. La provincia de Córdoba de que fué gobernador y su Universidad, le son deudoras de reformas provechosas, y muchos son también los periódicos de su época que insertaron notables artículos suyos, llenos siempre de enseñanzas provechosas.

Además de su inteligencia y buen criterio, su acendrado patriotismo resalta en varios opúsculos que por los años de 1820 dió á luz, sobresaliendo entre ellos el que lleva por título *Desgracias de la Patria*. Su escrito más notable como jurisconsulto es el *Prontuario de práctica forense*. Murió el año 1832, siendo Presidente de la Cámara de Justicia.

Antonio Sáenz nació en Buenos Aires el año 1780, y después de doctorarse en filosofía y teología, dedicóse también á la jurisprudencia, siendo inscripto en 1804 entre los abogados de la Real Audiencia de la Plata.

Abrazó con entusiasmo la causa de la Revolución. En el Cabildo abierto de 1810, es de admirarse la manera como el P. Sáenz expresó sus ideas en la votación: *Es ya el caso,* dijo, *de que el pueblo reasuma su originaria autoridad y derechos.* En 1810, sólo se permitían expresarse de esta manera los caracteres de templada y enérgica fibra.

La Junta de Observaciones de 1815, lo contó entre sus miembros, y fué uno de los redactores del «Estatuto» que dió aquel cuerpo para el gobierno del Estado.

Su palabra fácil y abundante, dominó muchas veces, en las asambleas á que perteneció, y con gran energía, las opiniones contrarias y las pasiones exaltadas, mostrando bien la brillantez de su inteligencia y la fogosidad de su espíritu, al que no consiguieron dominar, ni la severidad de sus estudios, ni la gravedad de su investidura. Con motivo de la apertura de la «Sociedad Patriótica» de Buenos Aires el año 1812, á la formación de la cual había contribuído con su entusiasmo y su propaganda, pronunció un notable discurso. Murió el año 1825.

Bernardino Rivadavia nació en Buenos Aires el año 1780; después de pasar por el colegio San Cárlos, frecuentó las aulas de filosofía de la Universidad.

En el cabildo abierto del 22 de Mayo, fué de los que acompañaron con su voto á los defensores de las tendencias populares, pero recién el año siguiente hizo Rivadavia su entrada en los gobiernos de la Revolución, como secretario de guerra del Triunvirato.

Más tarde (1821), después de desempeñar una comisión diplomática en Europa, fué nombrado ministro de gobierno. Durante este período llevó á cabo sus grandes reformas, eclesiástica y militar. Los ataques que aquella suscitó, le dieron ocasión para mostrar brillantes cualidades de orador, en sus discursos ante los congresos en que tuvo que defender lo avanzado de sus teorías liberales.

Creó la Universidad de Buenos Aires, fundando también en ella la enseñanza de la Economía Política, uniendo á estos títulos, el de haber sido el primer presidente Constitucional de la República Argentina.

En 1833 pasó nuevamente á Europa, trabajando allí en la traducción de los *Viajes de Azara,* el libro mejor y más

exacto que hasta entonces se conocía sobre las ricas comarcas que baña el Plata.

Sus últimos años fueron tristes, desterrado por Rosas se refugió en el Brasil, pasando después á España, donde murió el año 1845.

Bernardo Monteagudo es el tribuno de más fibra y energía de la oratoria revolucionaria. Nació en Tucumán el año 1785 y su orígen fué tan modesto que por falta de datos sobre su familia se le creyó boliviano, peruano y aún chileno.

Hizo sus primeros estudios en Jujuy, pasando más tarde á la Universidad de Chuquisaca, donde leía en Junio de 1808, al recibir su título de abogado, su magnífica y avanzada tesis sobre «El orígen de la sociedad y sus medios de mantenimiento».

Inició su carrera patriótica, tomando parte muy activa en la insurrección de Charcas el año 1809.

Al año siguiente pasó á Buenos Aires, encontrando en ella la atmósfera que convenía al elevado grado de ardor de su carácter y á la extensión de su inteligencia.

En 1811, se encargó de la dirección de la «Gaceta» y sucesivamente de «El Mártir ó el Libre», de «El Independiente» y «El Grito del Sur», que fueron el eco de su espíritu frenético de democracia.

El mismo dice que en su «Memoria sobre los principios políticos que seguí en la administración del Perú» (1) ...«desde el 25 de Mayo de 1809 mi pensamiento y todo mi ser estaban consagrados á la revolución: desde aquel día vivo gratuitamente, unas veces condenado á muerte y otras próximo á encontrarla. Yo no pensé sobrevivir á tanto riesgo.»

En la Asamblea Constituyente del año 1813, se mostró Monteagudo, promotor inteligente y celoso sostenedor de las grandes medidas de reforma dictadas por aquella corporación, y su poderosa inteligencia contribuyó en gran parte á afianzar las ideas democráticas y á hacer que se arraigara y convirtiera en frondoso árbol, la semilla del alma nacional.

Después de acompañar al general San Martín, en las campañas de Chile y del Perú, con el cargo de Auditor de Guerra, fué nombrado en Lima, por aquél, ministro de la Guerra.

---

(1) Publicada en Quito el año 1823.

En medio de sus tareas, encontró tiempo para escribir un notable folleto con el título de *Ensayo sobre la necesidad de una federación general entre los estados Hispano-Americanos.*

Posteriormente fué nombrado ministro de relaciones exteriores, y en el desempeño de este alto cargo, fué bruscamente cortado su aliento varonil y patriótico, siendo asesinado en las calles de Lima, el 28 de Enero de 1825.

Monteagudo es una revelación sorprendente, un astro de luz intensa que en su vertiginoso tránsito por el cielo de la libertad americana, dejó para la patria una huella de relámpagos.

CAPÍTULO XVI

ORATORIA CONTEMPORANEA

FRAY MAMERTO ESQUIÚ

Nació Esquiú en la provincia de Catamarca el 11 de mayo de 1826.

Entró en el Convento Franciscano á la edad de diez años, concluyendo á los diez y siete su carrera teológica, desempeñando enseguida en su provincia, los empleos más encumbrados de la orden á que pertenecía.

Empezó á lucir por los años de 1853 y 1854 manifestándose tan notable orador sagrado, como entusiasta y sincero patriota. Fué con ocasión de la jura de la Constitución de Catamarca, cuando pronunció un clásico sermón alusivo al acto, que muy pronto recorrió toda la nación llevando la fama de su nombre. La prensa del país y aún la extranjera lo publicó varias veces, y el mismo gobierno nacional se produjo en manifestaciones tan honrosas para Esquiú, como jamás las recibió ningún otro sacerdote argentino. Su célebre oración se encuentra impregnada de poderosa elocuencia, de pensamientos elevados y vigorosos, de imágenes soberbias, de comparaciones admirables, y de una sublimidad tal que no se la lée sin quedar subyugado por la armonía de sus conceptos.

La humildad y el celo de que estaba adornado, daban á todos sus sermones un encanto tal, que parecía ser el pa-

triotismo y la religión hablando desde la cátedra sagrada, con la elocuencia elevada y la sublime unción que se prestan mutuamente estas dos grandes virtudes.

Designado para ocupar el arzobispado, renunció aquel alto cargo, aceptando con reservas de su parte, el obispado de Córdoba.

La elocuencia de sus oraciones pastorales y opúsculos ha sido como una antorcha que ha iluminado la literatura sagrada de esta época.

Es notable aquella que pronunció en la Catedral de Buenos Aires en 1880, en donde es de admirar, además de su discreción y prudencia al tocar materias delicadísimas, un profundo conocimiento del estado de la patria, cuyas necesidades expone, presentando al mismo tiempo remedios, aconsejados por la más sana filosofía, llenos de doctrina y suavidad evangélica.

Al P. Esquiú puede aplicársele lo que Chateaubriand decía de Bossuet: «tres cosas se suceden continuamente en sus discursos, la brillantez de genio ó elocuencia, las citas tan en armonía con el texto que forman con él un todo, y las reflexiones ó la mirada de águila acerca del suceso de que se trata».

También fué escritor. Su *Estudio sobre la Iglesia* y *el Estado*, es una obra de gran mérito, que constituye un verdadero esfuerzo intelectual.

Varios periódicos especialmente «El Ambato» de Córdoba, registran numerosos artículos de su elegante pluma.

La muerte le sorprendió en 1883 en regiones apartadas, á donde lo había llevado el cumplimiento de su deber, entregando desde ellas, su alma al Dios de su fé y su cuerpo á la tierra, en el silencioso desamparo del desierto.

FÉLIX FRIAS

Nació en Buenos Aires el año 1816.

Siendo estudiante de derecho tuvo que cortar su carrera: su odio á la tiranía lo arrancó del aula indicándole el destierro.

Acompañó á Lavalle como secretario durante la famosa campaña de 1838-1841, pasando á Bolivia cuando aquella terminó, y poco después á Chile, donde redactó «El Mercurio» y publicó diversos folletos. Poco después pasó á

Europa, donde residió más de seis años. Reempatriado, fué sucesivamente, redactor de «La Religión» fundador de «El Orden» convencional de la provincia de Buenos Aires, y senador y diputado al Congreso Nacional, del que fué elegido presidente en 1878.

Pero el rastro brillante de su existencia laboriosa y fecunda, está en sus obras y en sus discursos.

Católico sincero, refleja en ellos la fé de su alma, que fué el sello característico de toda su vida. Son de esta índole casi todos sus trabajos, entre los que se distinguen *El Cristianismo Católico, La Santificación del Domingo, El derecho de Patronato* y varios otros, que son réplica vivaz y erudita de los ataques del racionalismo y positivismo á la doctrina conservadora.

Son también numerosos sus estudios políticos. La *República Argentina* es el primero de ellos, al que siguió de cerca la *gloria del tirano Rosas*, el más celebrado de sus panfletos.

Su oratoria se inicia con un triunfo y su *Juicio de Rosas*, discurso pronunciado en 1857, en la cámara de diputados, causó admiración.

Su discurso en la convención Revisora de la Constitución Nacional, en 1886, es notable, por las francas declaraciones de sus sentimientos, encerradas en frases como esta: «No son libres, sino los pueblos educados por la religión para la libertad».

Su entusiasmo por la autonomía de Buenos Aires, le inspiró otro triunfo, al que siguió poco después su notable disertación sobre *la libertad de enseñanza*.

Como escritor tiene también trabajos de importancia, ya histórica, cuando en páginas sencillas y conmovedoras describe la *Ultima enfermedad* y *muerte del general San Martín;* ya política, en *Un gobernador revolucionario;* ya filantrópica, en *Las ruinas de Mendoza*; ya filosófica, para *Enterrar á los muertos.*

Frías fué escritor y orador por naturaleza, y sus trabajos en uno y otro campo fueron irrefutables por la fuerza de los argumentos y la convicción sincera de sus creencias. En los primeros es clásico, aunque un poco afrancesado: en los segundos, mezclaba á la energía de la tribuna política la unción de la cátedra sagrada, haciendo que su elocuencia fuera elevadada, porque la fuerza de su argumentación eran la razón y el derecho.

DALMACIO VELEZ SARSFIELD

Nació en la ciudad de Córdoba el año 1801, recibiéndose á los veinte y dos años de doctor en Derecho, en aquella Universidad.

Llegó á Buenos Aires, en los momentos en que Rivadavia iniciaba sus reformas, de las que se hizo entusiasta propagandista, lo que no le impidió por su parte, difundir su nombre como abogado y jurisconsulto inteligente.

El congreso de 1826 lo contó entre sus miembros, confiándole el cargo de secretario.

Conocedor profundo de las lenguas clásicas, emprendió la traducción de la «Eneida», pero de una manera notable: los comentarios y observaciones que en ella inserta acusan un trabajo inmenso, al que hay que agregar las comparaciones que hace de todos los textos de otros traductores, dando con esto una idea de su constancia y una prueba más de su erudición.

Perseguido por Rosas, en 1842 se asiló en Montevideo, donde abrió estudio de abogado con gran éxito. Caída la tiranía, Vélez Sársfield fué uno de los que más trabajaron por la reconstitución nacional.

Su tratado de *Derecho público eclesiástico en relación con el Estado,* es un trabajo de gran valor por la erudición que encierra.

Como político fué varias veces diputado, senador y ministro, teniendo ocasión en estos diversos cargos, de mostrar que también era gran orador, ya por sus discursos de fondo, ya por sus espléndidas improvisaciones.

Sus triunfos en este terreno empezaron cuando la apertura de la convención de Buenos Aires, de la que fué miembro, pronunciando en esta ocasión el más memorable de sus discursos y el que verdaderamente lo reveló como orador.

La manifestación final de la constante preparación de una vida entera consagrada al estudio de las ciencias sociales, es lo que constituye sus *Código Civil* y *Código de Comercio,* monumentos imperecederos del nombre de Vélez Sársfield.

GUILLERMO RAWSON

Es Guillermo Rawson, una de las personalidades contemporáneas más simpáticas de la República Argentina, cuyo rastro luminoso ya en la política, en la ciencia y en la literatura, ya en la cátedra y en la tribuna ha quedado señalado con los caracteres del más perfecto puritanismo, alimentado por una inteligencia grande y poderosa.

Nació en San Juan, viniendo á Buenos Aires en 1837, donde ingresó en el colegio de los jesuítas. Expulsados éstos por Rosas, Rawson siguió en un colegio de cursos preparatorios sus estudios de física y matemáticas, pasando luego á la Facultad de Medicina donde su nombre empezó á tomar reputación.

Una vez doctorado se radicó en San Juan, donde al mismo tiempo que se iniciaba en el ejercicio de su profesión, ingresaba en la cámara de diputados de la provincia.

Con motivo de una intimación del gobernador Benavídez, adicto del tirano á la legislatura, tuvo ocasión Rawson de mostrar sus opiniones, revelándose, al expresarlas, como orador de alto vuelo. Su triunfo se difundió pronto por todo el país asegurando su porvenir en la tribuna parlamentaria.

Vino luego la época del Terror en que enmudeció toda manifestación de inteligencia. Restablecido el orden después de Caseros, Rawson ocupó un sillón de diputado en el congreso del Paraná, siendo de poderosa influencia su palabra en grandes debates, como lo fué el de la capital de la República.

Su influencia aumentó, con el nombramiento que de él hizo su provincia para senador nacional; cargo que tuvo que renunciar enseguida por haber aceptado el ministerio del interior en el gobierno del general Mitre.

Los asuntos políticos, originados en el estado de formación de la nacionalidad bajo el nuevo régimen imponían á su alto cargo inmensa tarea y gran responsabilidad, y Rawson mostró en esta ocasión sus poderosos recursos de hombre de estado y de constitucionalista eminente.

Desde 1868 vivió entregado á sus ocupaciones particulares, hasta que la convención constituyente de la provincia de Buenos Aires (1870), le dió nueva ocasión para desplegar las dotes de su fecunda inteligencia.

Por este mismo tiempo desempeñó también la cátedra de Higiene de la facultad de Medicina, y bien puede asegu-

rarse que jamás ningún otro profesor reunió en sí igual suma de prestigio y de respeto, ni infundió mayor amor á la ciencia, ni enseñó sus verdades con más pasión y entusiasmo.

En su personalidad científica había talla para un sabio, pero le faltó el aliento de los grandes centros.

Sereno por constitución, moderado por principio y sano en todos sus actos, era, en la verdadera acepción de la palabra, un hombre de estado.

Como orador, los rasgos más característicos de su elocuencia son la dulzura de la frase y la armonía exquisita de los períodos.

En la tribuna jamás fué superada la influencia de su palabra y como hombre nunca fué discutida su intención, como tampoco sentimientos egoístas pudieron en tiempo alguno conmover su moral, ni hacer vacilar sus convicciones.

Bien pueden sus compatriotas, á imitación de los romanos del tiempo de Catón, llamar á Rawson, *el severo Rawson*, porque su vida fué un ejemplo.

MANUEL QUINTANA

Ciudadano distinguido y político eminente, ha sabido Quintana colocarse en primera fila entre las intelectualidades de su generación.

Ha desempeñado en su larga vida de hombre público los cargos de diputado, senador, ministro y presidente, mostrando en todos ellos gran elevación de ideas y un caudal de conocimientos poco común.

Sus discursos parlamentarios han llamado siempre la atención, por la sobriedad y concisión de la forma y lo irrefutable de su argumentación.

ARISTÓBULO DEL VALLE

Orador brillante, escritor notable y maestro del derecho, tales son los títulos que la posteridad discierne á Aristóbulo Del Valle, nacido en Buenos Aires el año 1846.

El pensamiento escrito no cuadraba bien á su índole batalladora y por una necesidad imperiosa de su orga-

nismo, sólo *la palabra* podía traducir los movimientos amplios y generosos de su alma, esa palabra sublime con que ilustró en el parlamento, en el foro y en la cátedra cuestiones de derecho público de la mayor importancia, ó con el fuego que le daba su inspirada convicción, desde la tribuna de una asamblea popular inducía á su auditorio en medio de las agitadas turbulencias de la vida política, á mantener inviolable su libertad.

La literatura argentina se enriqueció con el brillo de su talento que fulguró sus destellos en páginas iluminadas, en que se léen como un modelo de elocuencia é inspiración artística, oraciones como la que le mereció la figura de Grau, ó artículos, siempre bellos en la forma, é impregnados en el fondo del más profundo estudio de las instituciones, ó memorables discursos con que agobiaba á sus adversarios con el arte más sublime y el potente influjo de la superioridad intelectual.

Pero es especialmente en el parlamento donde mostró en las diversas tendencias de su vida pública, inspirada siempre en el más recto patriotismo, espíritu batallador, cultura artística y torrentes portentosos de lenguaje en que estallaba en los grandes momentos de las luchas tempestuosas y ardientes de la política.

La prensa, la enseñanza y todas las manifestaciones de la intelectualidad tuvieron en Del Valle un cultivador activo é ilustrado. Ha escrito numerosos folletos, la mayor parte sobre trabajos jurídicos de importancia. entre los que se encuentra su brillante informe sobre *competencia y jurisdicción de los consejos de guerra.*

Su obra titulada *Apuntes de Derecho Constitucional,* tiene las proporciones de un trabajo fundamental, siendo de lamentar que no haya podido concluirlo.

Pero su labor intelectual fué consagrada especialmente á sus discursos que quedarán como modelo por la pureza de la forma y lo elevado del concepto.

Fué varias veces diputado, senador y ministro. Murió en Buenos Aires el 29 de Enero de 1896.

ÍNDICE

PÁGINAS.

DEDICATORIA..... III
PRÓLOGO..... V
CAPÍTULO I—Epoca colonial—Consideraciones generales..... 9
CAPÍTULO II—Primeras tentativas literarias—Schmidel—Alvar Núñez—Barco de Centenera—Bernardo de la Vega—Prego de Oliver..... 13
CAPÍTULO III—Labardén—*Al Paraná*—*Siripo*..... 16
CAPÍTULO IV—Epoca revolucionaria—Poetas de la Revolución—Vicente López—Juan Ramón Rojas—Estéban Luca—Crisóstomo Lafinur—Fray Cayetano Rodríguez..... 20
CAPÍTULO V—Juan Cruz Varela—Florencio Varela..... 24
CAPÍTULO VI -Epoca romántica—Echevarría *La Cautiva*.... .. 28
CAPÍTULO VII—Mármol—*A Rosas*—*Cantos del Peregrino*—*Amalia* 34
CAPÍTULO VIII—Juan María Gutiérrez—*Canto á Mayo*—*Las tres sombras*—Estudios críticos y biografías . . . 41
CAPÍTULO IX—Andrade—*Prometeo*—*La Atlántida*..... 46
CAPÍTULO X—Ricardo Gutiérrez—*Lázaro*—*La fibra salvaje*—Guido Spano—*Nenia*—*Hojas al viento*..... 52
CAPÍTULO XI—Poesía gauchesca—Sus principales representantes—Ascasubi—*Santos Vega*—E. del Campo—*Fáusto*—J. Hernández—*Martín Fierro*..... 58
CAPÍTULO XII—Sarmiento—*Facundo*—*Recuerdos de Provincia*—Alberdi—*Las Bases*..... 65
CAPÍTULO XIII—Historiadores—Bartolomé Mitre—*Historia de Belgrano*—*Historia de San Martín*—Vicente F. López—*Historia de la República Argentina*..... 74
CAPÍTULO XIV—Nicolás Avellaneda—José Manuel Estrada—Pedro Goyena..... 78
CAPÍTULO XV—La oratoria de la Revolución y de la Independencia..... 82
CAPÍTULO XVI—Oratoria contemporánea - Fray Mamerto Esquiú—Félix Frias—D. Vélez Sársfield—Guillermo Rawson—Manuel Quintana—Aristóbulo del Valle.. 87

3 2044 020 041 448

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

DUE SEP 11 1916

DEC 6 '60 H

CANCELLED

BOOK DUE